

La ciudad y sus escribas



Jairo Morales Henao
La ciudad y sus escribas



Colección Biblioteca Básica de Medellín

La ciudad y sus escribas

Jairo Morales Henao

1a. Edición: 2003

© Edición Biblioteca Básica de Medellín, 2003

Instituto Tecnológico Metropolitano

ISBN: 958-96777-1-1

Hechos todos los depósitos legales, conforme a la ley

Rector

JOSE MARDUK SANCHEZ CASTAÑEDA

Editor de la colección

JAIRO OSORIO GÓMEZ

Comité Consultor

MIGUEL ESCOBAR CALLE

ÁLVARO TIRADO MEJÍA

JOSÉ ABDULIO GAVIRIA VÉLEZ

ANA AGUDELO DE MARÍN

Diseño de Carátula

ISABEL ÁLVAREZ

Diagramación, impresión y encuadernación

L. VIECO E HIJAS LTDA.

Hecho en Medellín

Instituto Tecnológico Metropolitano

Calle 73 No. 76A-354 (vía al Volador)

Medellín-Colombia

www.itm.edu.co

*la ciudad verbalizada, reinventada
por sus escribas década a década
para que no perezca.*

Presentación

El Instituto Tecnológico Metropolitano da inicio a una serie especial titulada COLECCIÓN BIBLIOTECA BÁSICA DE MEDELLÍN, dentro de su ya acreditado Fondo Editorial. La idea consiste en agrupar una serie de textos cuyo eje temático es la ciudad, desde sus comienzos como poblado y Villa hasta los días que corren.

Son libros ya publicados pero que sólo conocieron la primera edición o que, habiendo conocido una segunda, desaparecieron de las librerías desde hace años y su consecución sólo es posible hoy en las bibliotecas públicas y universitarias. Están convocados en la selección casi todos los géneros literarios conocidos y la gama temática abarca todo aquello que se puede decir de una ciudad, desde su geografía y sus hitos históricos fundamentales, hasta la crónica menuda de sus episodios y personajes picarescos más memorables.

Los textos en su momento obedecieron a un apremio que la ciudad ejerció en alguien para que contara cosas de ella, de su pasado y su presente —y aun de sus sueños y proyectos—, confundidos a menudo ciertos lapsos de esos tiempos de la ciudad con los de sus autores. Son los libros con sabor de testimonio.

Pero también vamos a encontrarnos con aquellos nacidos de un impulso semejante pero distinto: el del editor o compilador que recogió lo que otros escribieron sobre Medellín, porque lo consideraron digno de salvar del olvido de periódicos y revistas, reuniéndolos en algo más perenne como es el libro. De todos y cada uno de los volúmenes que integran esta colección vamos a decir unas palabras sobre el porqué de su presencia en ella, de sus valores.



Setenta y dos años separan las antologías de Juan José Molina (1878) y Benigno A. Gutiérrez (1950). La primera, acto fundacional de la literatura antioqueña, hasta ese momento una producción dispersa en revistas, periódicos, folletos y hojas sueltas. Y fundacional también del pueblo antioqueño, entendiendo por esto lo mismo que escribió Octavio Paz sobre los poemas homéricos: que ellos habían fundado el pueblo griego al ofrecerle a éste su imagen en el espejo de la obra, esa condensación de identidad que sumaban sus dioses, héroes, geografía, ritos, costumbres, historia. Catorce años después de la aparición de la antología de Molina, Tomás Carrasquilla comenzaría, con “Simón el Mago” (1892), la construcción fundamental de aquella identidad, labor que lo ocuparía cuarenta y cinco años. Pero lo hecho por Molina fue el primer paso, el establecimiento de unas fronteras, la demarcación de una geografía humana, el establecimiento de una diferencia, de un ámbito cultural en formación pero ya claramente único, porque como lo dice Jorge Alberto Naranjo en el prólogo a la reedición hecha dentro de la Colección Autores Antioqueños en 1998: “Por sus páginas desfilan los paisajes y los climas, los caminos y los pueblos, las leyendas y los tipos de la tierra, las clases sociales, las

razas y los oficios, los ritos y creencias de Antioquia la Grande [...]. Esta rica colección de poesías, ensayos, discursos, cuentos, cartas, cuadros, artículos y memorias construye como sin proponérselo una verdadera fisonomía espiritual del pueblo antioqueño”.

El puntilloso editor Benigno A. Gutiérrez dio a la publicación en 1950 una obra igualmente ambiciosa de recopilación y selección de literatura antioqueña escrita hasta entonces. Repite, por supuesto, algunos de los nombres que aparecen en la de su antecesor, y elimina otros, lo que es entendible porque su muestra es específicamente literaria, a diferencia de la de Molina, más heterogénea desde el punto de vista de los géneros incluidos, limitación de época, pues la abarcada (1810 en adelante, es decir, los años de las luchas de Independencia y de las guerras civiles) fue un lapso de continuas confrontaciones políticas, lo que, por supuesto, absorbía buena parte de las energías de quienes escribían. Esto equivalía para Molina a disponer de una gama de textos específicamente literarios ni muy amplia ni pobre, pero en todo caso no suficiente como para limitar su selección a la poesía, el cuadro, el artículo, el cuento, el ensayo con tema literario y la novela. De haber procedido así, su trabajo, a menos de ser muy complaciente, no hubiera podido reunir un buen volumen de páginas de cierta calidad, dado también lo incipiente del desarrollo literario regional antioqueño; pero lo que es aún más importante: ello habría significado el desconocimiento de una capa de la vida nacional y regional de entonces, y del papel jugado por algunos antioqueños destacados en esas luchas, como militares y políticos, y también como difusores de ideas.

En 1950 Benigno A. Gutiérrez contaba naturalmente con un acervo literario regional que se había acrecentado considerablemente con decenas de nuevos autores en todos los géneros, algunos de ellos de primera línea. Para empezar, Tomás Carrasquilla había escrito y publicado la totalidad de

su obra, la más vasta y coherente de la narrativa colombiana hasta entonces (y creemos que hasta 2003). Otros narradores sobresalientes nacionalmente también habían entrado en la escena y desaparecido de ella después de dejar una serie notable de cuentos y novelas: Francisco de Paula Rendón (1855-1917), Efe Gómez (1873-1938) y José Restrepo Jaramillo (1896-1945). La poesía, encabezada por las figuras de Abel Farina, Porfirio Barba Jacob y León de Greiff, no sólo consolidaba lo ya conseguido en el panorama nacional por Epifanio Mejía y Gutiérrez González, sino que alcanzaba resonancias internacionales. Otras formas de la escritura dieron con personalidades tan originales como Fernando González, que ya en 1950 había publicado algunos de sus libros más interesantes y polémicos, y como Luis Tejada, autor de un volumen considerable de crónicas que han sido reconocidas como de lo mejor dentro del género en el país y aun en Latinoamérica.

Con ese puñado de autores destacados –entre los que habría que agregar, aunque desde una perspectiva, a Rafael Uribe Uribe, figura emblemática de la libertad y el liberalismo, de quien se incluyen dos textos no precisamente literarios pero sí famosísimos: la carta legendaria a unos poetas de Manizales que le solicitaban una colaboración escrita para una revista, y la no menos legendaria carta a Pedro Nel Ospina en plena Guerra de los Mil Días– y con otros escritores que aunque menos reconocidos o difundidos fueron autores de una obra también valiosa nacional, y sobre todo localmente, don Benigno armó su *Gente maicera*. Y sensible a la historia y a todas las manifestaciones culturales de su región, incluyó un apéndice con cuatro textos sobre algunos municipios de Antioquia y Caldas, la colonización antioqueña y el Ferrocarril de Antioquia. Editor de pies a cabeza y bibliófilo, no podía dejar su libro sin ilustraciones, con el mejor criterio selectivo y representativo de la producción gráfica de los artistas antioqueños. Figuran trabajos de Ricardo Rendón, Horacio

Longas, Luis Eduardo Vieco, Marco Tobón Mejía, Francisco Antonio Cano, Hernando Escobar Toro, Rodrigo Arenas Betancur, Pepe Mexía y hasta algunos trabajos de autores anónimos.

Ningún nombre clave falta en esa antología. Contiene los autores claves del siglo XIX y los decisivos de la primera mitad del XX. Tiene, pues, un valor en sí misma, y también como línea de lectura para quien desee o necesite profundizar en los autores, mayores y menores, que contaban hasta entonces en La Montaña. Las de Juan José Molina y Benigno A. Gutiérrez permanecen, por ahora, como esfuerzos individuales sin continuidad más de medio siglo después. Antologías de cuento y poesía antioqueños, o de cuento, poesía y crónica, se han publicado con cierta frecuencia, pero no trabajos como los que reseñamos, donde lo que se busca es una compilación más panorámica de la producción intelectual de una región. Al día de hoy, intentar algo similar sería necesariamente una labor que demandaría varios volúmenes, lo que no quiere decir que no se pueda y deba intentar. Esas revisiones y balances cada cierto número de décadas ofrecen el interés de posibilitar las miradas panorámicas, la comparación (toda crítica contiene una comparación implícita, tanto con el pasado mediato como con el inmediato). Este tipo de trabajos estimulan entonces esfuerzos similares, de un lado, y, de otro, son en sí mismos una fuente de conocimiento de nuestra identidad. De ahí la importancia de la reedición que de la de Molina hizo en 1998 la Colección Autores Antioqueños y de la que ahora hace el Instituto Tecnológico Metropolitano de la compilación hecha por Gutiérrez en 1950, hoy agotada.



El *Correo de Antioquia* fue el primer periódico diario que se publicó entre nosotros. Dentro de su pequeño formato (12 cm de ancho por 14 cm de alto) y muy reducida letra (5 puntos) este precursor de nuestra prensa diaria de hoy fue un fiel y acucioso testigo de los acontecimientos, sueños y proyectos del pueblo antioqueño: “Uno de los objetos principales del periódico será tener a sus favorecedores impuestos [...] de todo lo concerniente a la importante empresa del Ferrocarril al Magdalena, al Banco de Antioquia, a los establecimientos de educación primaria y secundaria del Estado, a la Casa de Moneda, a la Sociedad Minera, a las Misiones, a la Ferrería de Amagá, a la Escuela de Artes y Oficios, a la Cámara de Plomo, a la Carretera a Caldas, a la construcción de la Catedral, y, en general, a todas aquellas obras y establecimientos en que está afincado el progreso del Estado”. El primer proyecto mencionado, como vemos, es el del Ferrocarril al Magdalena. Faltaban todavía 39 años para que las vías llegaran a Medellín y 49 para que el Túnel de la Quebra culminara el proyecto. Lo que el Ferrocarril implicó para el gran desarrollo de Antioquia es hoy reconocimiento de la Historia y más de un estudio específico y de historia económica lo refrendan. Y dos nombres están ligados al inicio de lo que no hay ninguna exageración en denominar como gesta del pueblo antioqueño: Pedro Justo Berrío, Gobernador del Estado Soberano de Antioquia —en ejercicio de su segundo mandato por esas calendas—, gestor e impulsor de la idea, y Francisco Javier Cisneros, ingeniero cubano, quien fue contratado el 14 de febrero de 1874 para asumir la dirección de la obra. El primer riel se clavó el 29 de octubre de 1875, en Puerto Berrío. Cisneros estuvo al mando de la construcción durante diez años consecutivos. La suspensión de su vinculación se debió a la interferencia causada por la guerra civil de 1885. Pero en esos diez años Cisneros consiguió dejar en servicio 48 kilómetros, entre Puerto Berrío y Pavas. Es decir, un comienzo firme, un

compromiso que ningún gobernante antioqueño iba a desconocer hasta su culminación. Y aunque no estuvo vinculado lo suficiente a la empresa para dirigirla o verla adelantada por otros, suya fue la idea, y de hecho alcanzó a proponerla, del Ferrocarril de Amagá, que conectaría a Antioquia con el Pacífico y del que se clavó el primer riel en 1911.

Todo ello permite ver la importancia que tiene la aparición, dentro de esta colección, de una segunda edición de la *Memoria sobre la construcción de un ferrocarril de Puerto Berrío a Barbosa*, de Francisco Javier Cisneros, publicado en New York, en 1880, publicada en inglés y castellano con el fin de atraer inversionistas a la empresa. En la “Introducción”, luego de enunciar este objetivo y de llamarnos “un país lejano y poco conocido”, en lo que, por supuesto, le asistía la razón, enumera los capítulos que componen su “Memoria”: “Extracto de la concesión”, “Apuntes geográficos”, “Apuntes geológicos”, “Climatología”, “Productos del Estado”, “Tráfico”, “Trazo de la línea”, “Presupuesto de construcción y de aprovechamiento”, “Punto de vista financiero”, “Solvencia del Estado”, “Cualidades distintivas del pueblo antioqueño” y “Modus operandi”. Es decir, es mucho más que un libro técnico, es una especie de monografía (una de las primeras) sobre el ahora Departamento de Antioquia. Volver a publicar este libro después de 122 años, es entonces algo más que rescatar una curiosidad bibliográfica vinculada a una de las máximas realizaciones del pueblo antioqueño: es redimir del olvido de las pocas bibliotecas especializadas que lo poseen una de las primeras visiones que sobre Antioquia hizo un extranjero, y no cualquier extranjero, sino alguien que con su obra contribuyó a que se escribiera uno de los capítulos estelares de nuestra historia.

Tomás Carrasquilla y Francisco de Paula Rendón, oriundos de Santo Domingo, vivieron una de sus primeras temporadas en el Medellín de 1874-1876, cuando cursaban bachillerato e iniciaban estudios de Derecho en la Universidad de Antioquia. Como lo han registrado sus biógrafos, la guerra de 1876 los inclinó a hurtarle el cuerpo a la guerra (afortunadamente para la literatura colombiana) y regresar al pueblo, donde ejercieron de sastres, notarios, comerciantes, sin desdeñar el cotilleo, la vagancia, y, sobre todo, la lectura, a la vez que daban los primeros pasos en la escritura, oficios todos que ellos hicieron colindantes y afluentes del mayor: escribir. De ese Medellín poco quedó en sus páginas, por no decir nada, pues en el único documento que se les conoce correspondiente a esos años, una carta de Carrasquilla a su madre fechada en 1873, nada se dice de Medellín. Tampoco lo hace con detalle en el tercer volumen de su novela mayor, *Hace Tiempos*, pues allí se limita a unas pinceladas generales sobre el patrón general de vida cotidiana de sus habitantes. Pero si en la narrativa antioqueña no hay rastro de lo que físicamente era el Medellín de entonces, sí lo hay en el campo de la crónica casera y el artículo con fines de divulgación. Son, pues, hasta donde sabemos, dos textos únicos. De ahí su valor, amén de las virtudes específicas, que las tienen. Nos referimos a un texto de Francisco de Paula Muñoz, el mismo autor de *El Crimen de Aguacatal*, titulado “Descripción de Medellín en el año de 1870”, y al que ahora reedita el ITM, perteneciente a Carlos J. Escobar G., titulado *Medellín hace 60 años*.

El de Francisco de Paula Muñoz es de una factura impecable. La precisión y abundancia de los datos geográficos, humanos, paisajísticos, arquitectónicos y urbanísticos, y la prosa con que lo hace, castigada sin ser pobre, desenvuelta y ceñida al asunto, informativa sin por ello huir de la amenidad, así lo imponen al lector. Y al lector de hoy, queremos decir. Porque al igual que en su reportaje sobre el famoso crimen

de Aguacatal, la modernidad de la prosa de este precursor de nuestro periodismo, es algo que no puede discutirse, como tampoco puede serlo el hecho paradójico que lo restante de su producción, agrupada en su libro *Escritos y discursos*, publicado en dos volúmenes en 1897, es de muy baja calidad. Pero esos dos textos lo redimen y llaman la atención por su distancia con retóricas predominantes en la época, como la que distinguía a las famosas “Coronas Fúnebres”, donde el perfil histórico del muerto se esfumaba en la hipérbole y el panegírico.

El libro que nos ocupa en esta colección es bien distinto, aunque su materia es la misma: Medellín entre los años 1875 y 1880, aproximadamente. A diferencia de Muñoz, Carlos J. Escobar G. carece de formación académica y experiencia en publicaciones periódicas, por lo que su escritura presenta las deficiencias previsibles en quien lo hace de arranque, por el impulso de hacer memoria cuando se está ya en la vejez y se quiere salvar del olvido algún fragmento de la vida individual o colectiva. Hay que agradecerle que no se haya dejado intimidar por su educación precaria para escribir este breve, minucioso, chismoso y hasta picaresco registro de lo que era Medellín hace 125 años. Único a pesar de sus imperfecciones. Recurriendo a una figura, se podría decir que Escobar puebla de rumorosa vida las 24 calles descritas por Muñoz y los callejones y hasta atajos, que en la más profesional descripción de éste fueron olvidados.

Luego de decirnos qué barrios, iglesias y puentes existían en ese poblacho que era Medellín, Escobar nos cuenta con todo detalle cómo era el Parque Berrío —que entonces se conocía como Plaza de la Candelaria—: qué construcciones componían el marco, a qué se destinaban (de habitación y negocio), quiénes eran sus propietarios, cuántas casas de dos pisos había allí, los poetas y escritores que frecuentaban el Café Regina (Epifanio Mejía, Arcesio Escobar, Camilo Antonio Echeverri, etc.). Luego, con una minuciosidad en

aumento, nos presenta barrio por barrio, y de éstos calle por calle y cada lado de éstas. Un dato basta para ilustrar la minuciosidad del escrito: de casi toda edificación dice el color de que estaban pintadas puertas y ventanas (con llamativo predominio del color verde), sin que pueda dejar de mencionarse que informa sobre nombres de los habitantes de cada edificio, sus oficios, descendientes notables (si es el caso, por supuesto), y, en ocasiones, hasta anecdótico.

Los barrios que pasan por su lupa insomne son: Buenos Aires, La Quebrada Arriba, La Quebrada Abajo, Guarne, Villa Nueva, El Llano, El Carretero, San Juan de Dios, Guanteros, La Asomadera y El Contento. Como su descripción se hace calle por calle y de cada lado de éstas, dedica espacio especial a calles que eran de importancia especial, como Palacé. Veamos un ejemplo de su espíritu de no ahorrar dato ni detalle:

Del puente de “La Toma” para abajo, se encontraban pequeñas casas mal construidas; tapias y solares cubiertos de malezas hasta llegar a una encrucijada llamada “Revienta Quijadas” la que principiaba en el barrio de que estamos hablando y terminaba en el de Buenos Aires; encrucijada que estaba cubierta por grandes piedras que la hacían casi intransitable... Siguiendo para abajo de la esquina que formaba la mencionada callejuela, estaba otra, hoy la calle “Aguinaga; señoras aquellas que fabricaban el mejor pandequeso y a cuya vivienda concurrían las personas de buen gusto del centro de la “Villa”.

Veamos un ejemplo más:

Al frente de la Gendarmería se hallaba la habitación de los señores Boteros en cuya familia figuraba el doctor Roberto Botero Saldarriaga [...] propiedad en donde hoy vemos el “Café Vesubio” situado en la esquina”.

Este culto por la minucia hace de su librito uno de nuestros primeros textos de crónica ciudadana. Personajes, episodios históricos y picarescos (especialmente delicioso el de los

borrachitos del barrio El Llano, que fingían una piedad intensa por una figura del Niño Jesús, cuyos pies besaban una y otra vez, pero con el fin de recibir el chorrito de aguardiente que salía por un orificio practicado en uno de los dedos), transformaciones urbanas, arte, familias, trajes, alimentos, fiestas, música, comercio, especies botánicas más comunes, lugares de paseo, centros educativos. Es decir, recuerda con todo merecimiento el dicho aquel: “De todo como en botica”.

Si su valor literario es prácticamente ninguno, su interés documental es inapreciable, como puede inferirse por nuestra descripción. Este tipo de libritos, cuya necesidad no debiera ponerse en duda en ninguna época, impiden, a menudo en mayor escala que las obras literarias propiamente dichas, que se pierdan en el olvido grandes franjas del pasado de algún lugar del mundo. Estas son las obritas que le dan la razón a Lampedusa cuando dijo (citamos de memoria) que llegado a cierta edad, y como obligación de Estado, todo ciudadano debía escribir sus memorias, pues así se impediría la pérdida de mucho material histórico.



Al siguiente libro de esta colección se le puede aplicar igual agradecimiento. Don Enrique Echavarría, además de hombre de empresa, practicó cierta literatura menor. Se le deben los siguientes títulos: *De Medellín a Buenos Aires*, *Historia de los textiles en Antioquia*, *Extranjeros en Antioquia*, *Mi viaje a Jerusalem*, *Recuerdos Viejos* y *Crónicas e historia bancaria de Antioquia*, libro éste último que fue el elegido para incorporarse a esta colección. Don

Enrique tampoco tenía pretensiones de escribir en grande. “De la casa y para la casa”, como dijo en alguna ocasión —exagerando para su caso— Carrasquilla, podría muy bien ser el lema que inspiró sus valiosos libros.

A diferencia de sus otros textos, articulados por un tema específico, el que se reedita en esta oportunidad es una suma de crónicas con temas diversos, publicadas seguramente de forma espaciada en periódicos a lo largo de varios años. Son treinta y cinco crónicas cuyos asuntos abarcan personajes, haciendas, navidades, ciudades, templos, conventos, hoteles, iglesias, etc. Un *pot-pourri* u olla podrida, como el mismo titula una de las crónicas más heteróclitas de su libro (y de las que más rinden información sobre Medellín, dentro de su revoltura y apretujamiento de asuntos), pero que cumple dos funciones importantes: dar cuenta de ciertos rasgos de la vida de un hombre de clase alta y de familia tradicional e industrial en el Medellín de fines del siglo XIX y primeras décadas del XX —sobre todo en cuanto aspectos de su mentalidad, pasatiempos y gustos—, con una formación evidentemente superior a la de otro rico, como Pepe Sierra, por decir cualquier cosa; y de contera, ofrece brochazos, ramalazos, pinceladas de Medellín y Antioquia en una época posterior a la que ocupó los textos de Muñoz y Escobar, ya referidos.

A don Enrique le preocupa al escribir ser preciso, abundoso en datos, objetivo y ameno. Tampoco le quita el sueño el orden, se deja ir por las ramas como lo hacen los viejos cuando recuerdan cosas. Es un libro conversado, para el círculo de familiares y amigos. No tiene tampoco aspiraciones de alto vuelo literario pero sí devoción por hacer memoria de las cosas y dejar testimonio escrito de ello, en una palabra, por hacer historia menor, tan necesaria como la mayor y, en muchos casos, más reveladora del pasado que ésta, en la medida que se halla más cerca de lo que fue el palpito de la vida diaria en un lugar y en una época dada. Esto es lo que

cuenta en su libro y ese interés no se ve disminuido por su autocomplacencia burguesa ni por su sectarismo político, al que, hay que reconocerlo, le permite escasas y breves apariciones.

A destacar los relatos de su primer y quinto viaje a New York. El relato del primero, escrito más de treinta años después del viaje, ofrece datos poco comunes sobre los comienzos del transporte mecánico en Medellín: los primeros coches particulares, la primera compañía de transporte público en Medellín (1913) y las razones de su quiebra, las bicicletas pioneras y las molestias y dificultades extremas que significaba el viaje en tren a Berrío (viaje que, para empezar, suponía hacerlo en una jornada de tres o cuatro días a caballo hasta Caracolí, donde se tomaba un remedo de lo que más tarde fue el tren con vagones y que funcionaba más como propiedad del maquinista que como transporte público); la narración del segundo, más extensa porque el viaje estaba fresco, informa con algún detenimiento de los países donde hicieron escala, Panamá (adonde llegaron en avión) y Cuba (por mar), antes de alcanzar el destino final del viaje también por vía marítima. Los edificios que no existían en sus anteriores viajes, los almacenes y restaurantes (lugares que más visitó, según parece, fuera de la gran Exposición Mundial de 1939), algunas iglesias y conventos, una página sobre unas pinturas, unas más sobre visitas a colombianos residentes allí, y la Exposición Mundial, ocupan las páginas de su relato, que, de contera, revela la mentalidad de viajeros de nuestros burgueses antioqueños de entonces. Es decir, su relato es, por supuesto, una lectura de lo visto y experimentado, pero ése relato también lo lee a él: es su espejo. Para ser la quinta oportunidad que visitaba New York, en estadías que no eran cortas, la mirada seguía siendo sorprendentemente superficial y adherida al fasto exterior de la arquitectura y el consumo. Arte, poco, muy poco. Librerías y bibliotecas, nada, y esto a pesar de que Enrique Echavarría se dice lector, y lo creemos.

Escuchemos su comentario de la vida a bordo de “El Jamaica”, el buque que los lleva a Cuba: “La vida a bordo es una dicha: no hay que trabajar, no le hacen a uno citas con algún inglés, no tocan la puerta, no llaman al teléfono; el tiempo está hecho allí para leer y leer, para comer y comer, para dormir a pierna suelta, para gozar mecido y arrullado por las olas del mar”. Esta frase evoca otra similar de la crónica sobre su primer viaje: “[...] en el hotel del Prado, en Barranquilla, donde se pasa el día muy confortablemente, bien comido, bien bebido y muy bien atendido”. Bueno, sí, don Alfonso Reyes también gozaba, ¡y de qué manera!, de los placeres del paladar, y nos dejó sus *Memorias de Bodega* y *Cocina* como prueba fehaciente. Pero se trataba de Alfonso Reyes. ¿Comprendido? Lo que queremos decir es que estamos lejos de esa compenetración profunda con una ciudad extraña del tipo de la que alcanzó a tener Joseph Brodsky con Venecia, que don Enrique se congeló en la mirada del turista más desaprensivo. Sin embargo, esta acotación crítica no equivale a echar para atrás lo que ya afirmamos: habidas sus limitaciones humanas y de escritura: esta, como las crónicas todas que componen el libro, rescatan para la memoria trozos del pasado del país y la región que de no ser por él se hubieran perdido y, además, hacen de espejo de su autor: nos devuelven la imagen de un casero, conservador, católico, buena vida, superfluamente culto, buena persona y vanidoso rico antioqueño. Un prototipo, sin duda, del industrial que forjó Antioquia en el cruce de los siglos XIX y XX.

El tono casero, desmañado sin que pueda hablarse de desgreño, inspira todas las crónicas. Además de las dos que acabamos de reseñar, son también recomendables por sus asuntos vinculados a la vida ciudadana: “Las campanas de la Candelaria”, “Nuestras Nochebuenas”, “Baile antioqueño”, “Las palomas de Envigado”, “Pot-pourri” (muy en la línea del libro de Escobar, esta crónica es un amasijo de algunas chicherías, puentes sobre la quebrada Santa Elena, fondas y

otros lugares más una retahíla de anécdotas), “El templo de la Veracruz”, “El Secreto” (otros sitios famosos de la ciudad, olvidados en sus remembranzas anteriores, más un episodio de crónica roja con fondo de celos y fuga de cárcel).

También son de interés otros textos que, aunque no centrados en la ciudad pretérita, tocan puntos de interés en la historia antioqueña, como la reseña sobre algunas haciendas del Cañón del Cauca y la que hace de unas vacaciones en la suya, “Los Micos”, situada en Titiribí. Una cosa que a nadie se le ha ocurrido escribir es la historia de las fincas más famosas en Antioquia. Hay mucha referencia suelta (León de Greiff, por ejemplo, inmortalizó dos haciendas: La Cabaña y Lara, en su famoso poema “Relato de Ramón Antigua”) y rarezas recientes, como lo que aquí escribe sobre ellas Enrique Echavarría haría parte de una bibliografía posible. Parecida importancia tiene lo escrito sobre la historia bancaria de Antioquia, historia que él, vinculado desde la cuna a una familia adinerada y copropietario de una de las empresas de más peso en la economía antioqueña durante gran parte del siglo XX, conocía con mucho detalle. Por supuesto no se trata de historia sistemática. Los datos, precisos y preciosos, se mezclan con anécdotas de honradez, especulación y “viveza” (que en algunos casos se trató más bien de felonía). Pero el capítulo —apenas un poco más de la sexta parte del libro— no se disuelve en el anecdotario porque Echavarría se impone el cauce de breves apartes sobre bancos y empresarios bancarios más destacados en la historia bancaria de Antioquia entre mediados del siglo XIX y primeras décadas del siguiente.

Enrique Echavarría no pertenece —ni él lo pretendió— a la franja de nuestros mejores escritores. Y aunque obviamente Marx tenía razón cuando escribió que “todo lo sólido se desvanece en el aire”, lugares, episodios y personajes de la ciudad y la región permanecen gracias a él en su única perennidad posible, que no es la piedra sino la memoria ciudadana.

Como lectores e interesados en el pasado de nuestra ciudad, no como arquitectos, recomendamos de una manera muy especial *Arquitectura contemporánea en Medellín*, de la arquitecta Mercedes Lucía Vélez White, que ya había publicado *Agustín Goovaerts y la arquitectura en Medellín*, en el año 1994, libro del que nos ocupamos en su momento en una reseña. Las virtudes de esta primera obrita reaparecen, afianzándose y ampliándose, en este volumen cinco de la Biblioteca Básica de Medellín, editada por el Instituto Tecnológico Metropolitano. Escrito en un lenguaje inteligible para el no experto, sin que la autora sacrifique el rigor cuando se trata de precisiones técnicas; centrado en su objeto —arquitectura de Medellín de diferentes épocas—, lo que equivale a decir que su prioridad es dicho objeto, no el alarde de un discurso especializado; muy completo en cuanto a las épocas y formas arquitectónicas estudiadas, y también en los datos proporcionados sobre cada edificación: época de construcción, nombre del o los arquitectos y biografía mínima de ellos, materiales, ubicación en la ciudad, función, cambios operados en el tiempo (en la edificación misma y en el medio urbanístico que la ha enmarcado) y estilo o estilos en los que se inscribe. Éstas son las virtudes del texto. Sin embargo, la principal, creemos, es el tono del relato, que de alguna manera se siente cercano a la escritura propia de la crónica literaria. Esto nace de una calidez subyacente que le otorga a cada texto un aire de historia, de cuento, lo que se origina en dos afluentes: el tema es la ciudad donde se hizo la autora, con todo lo que eso puede significar como ámbito físico de la formación de una sensibilidad y, de contera, los lugares de los que se ocupa están y estuvieron tan metidos en el alma ciudadana que se puede hablar de ellos como de personajes de la ciudad porque el tiempo les ha puesto una pátina entrañable en el alma colectiva o son imanes del bullir ciudadano de hoy. Por todas estas virtudes, el libro debería ser de lectura obligatoria en las facultades de arquitectura de

Medellín y nos atreveríamos a decir que su conocimiento es recomendable para los estudiantes antioqueños de todas las carreras porque su lectura contribuye de manera directa a crear conciencia del pasado —mediato e inmediato— y del presente, es decir, identidad histórica.

La introducción, también de la autora, no es prescindible. Establece el marco conceptual desde el cual cumple su aproximación. Y lo hace con rigor, entusiasmo y brevedad. Tres son los puntos básicos que toca en ella. En el primero señala algunas de las edificaciones que han sido hitos de la modernidad arquitectónica en Medellín desde finales del siglo XIX hasta finales del XX: “La selección y el análisis del material del libro están basados en la descripción de edificios que son, si se considera su forma, un camino para explicar el fenómeno de la modernidad en relación con el ambiente local y con la apropiación de tecnología, herramientas y materiales”. El segundo problematiza la noción de arquitectura: “Ésta puede variar desde lo más simple hasta lo más complejo. Por eso es difícil establecer los límites para una definición precisa de qué es arquitectura”. Lo que sí es claro, reitera la autora, es su condición de vinculación perenne a la vida del hombre, de necesidad vital, de lo que hace: “crear espacio”, de su pertenencia al mundo del arte “tiene en común con el arte, que nos ayuda en la contemplación del universo, por su definición, infinita en sí misma”. En cambio, hablar de “influencias, ecos y desarrollos” sería un modo de poner dicha discusión en la tierra derecha de algo más inteligible: “Por eso es necesaria la observación de los edificios caso por caso, como un objeto de estudio concreto, pero en su propio contexto cultural”. Y ese contexto, materia de la tercera parte de esta introducción —titulada “El regionalismo crítico como marco teórico”—, remite, de un lado, a rasgos de nuestra cultura regional, derivados de elementos que van desde el paisaje y las condiciones de la tierra hasta las particularidades de nuestra historia, y de otro, al mundo de las ideas que ha animado la

práctica de los arquitectos y, por supuesto, sus desencuentros y debates. Marco teórico que, naturalmente, es latinoamericano, colombiano y regional, y que, según nos lo explica Mercedes Lucía Vélez White, detenta un elemento constante y otro, coyuntural: “En el dominio internacional, para críticos e historiadores, la noción de universalismo pensado como continuo e ininterrumpido, perdura, pero el sujeto del regionalismo tiene sus épocas; surge a la superficie en un preciso punto en el desarrollo de la historia y bajo condiciones claramente determinadas, sin ser un proyecto continuo”. En ese debate entre lo internacional y los elementos de tradición local o regional, la autora rehuye los extremismos: ni tierra arrasada con todas las expresiones del pasado arquitectónico en aras de un internacionalismo y cosmopolitismo *per se*, ni la nostalgia inmovilizadora, cerrada no sólo a la adopción de cualquier modelo extranjero sino a la adecuación de los viejos edificios para utilizarlos con fines distintos a su destino original, con el fin de preservarlos, de incorporarlos a los cambios urbanísticos sin destruirlos. “hay dos maneras de mirar el problema del regionalismo. El primero está basado en el hecho de que una construcción, un trabajo de arquitectura, nace de una tradición cultural vinculada a una región y a un período y construida de una manera que no puede ser sino regional [...] La segunda [...] arrastra el problema de todas las posiciones universalistas, que ignoran las particularidades de cada país o región”. Desde este lugar teórico se pasa revista a la arquitectura medellinense década por década durante el lapso señalado. Solución: el equilibrio: “nosotros tenemos pocos pero fuertes ejemplos de modernidad apropiada, que dialogan con los espacios tradicionales y que, considerando el aspecto principal de las relaciones de la arquitectura y el lugar, están avanzando hacia un testimonio regional”.

Las construcciones estudiadas son sesenta y cuatro, correspondientes, como se dijo, a todas las épocas de la historia ciudadana, incluyendo los días que corren. Su interés y rigor

no tienen discusión; tampoco su amenidad, cuyo fundamento, repetimos, radica en el profesionalismo de la aproximación, de un lado, y de otro, en la escritura, tocada con aires de crónica literaria. Lo que no dijimos es que esto también tiene su raíz: el amor por la ciudad. En su texto sobre el Edificio Tobón Uribe, dice la autora: “Lo que no se conoce, no se ama”. La frase pudo ser el epígrafe del libro porque no otro es el sentimiento que alentó su trabajo. Y el lector medellinense sale de estas páginas conociendo más y mejor su ciudad, es decir, amándola más.



En 1906 Medellín tenía cincuenta mil habitantes, ocho iglesias, una catedral en construcción, varias capillas, tres conventos, tres cementerios, una universidad, una Escuela de Artes y Oficios, tres colegios, una Escuela Normal, dos museos, una biblioteca pública, un seminario, tres librerías, un alambique oficial, un dispensario de mujeres públicas, un hospital, un manicomio, un circo en construcción, un hipódromo, un velódromo, parques y plazuelas, edificios oficiales (Gobernación, Casa Municipal, Palacio de Justicia, Casa de la Moneda, Imprenta Oficial, Comandancia), dos plazas de mercado, baños públicos, bancos, fábricas de chocolate, cerveza, gaseosas, calzado, hielo, jabón, loza, vidrio, ladrillos y fundición, almacenes, agencias importadoras y otras variedades de vida comercial y producción artesanal, propias de una ciudad incipiente, con una planta eléctrica que en la noche apenas arañaría un poco la sombra en el Parque Berrío y zonas aledañas.

Tal vez por venir de otro lugar, el bogotano Isidoro Silva percibió mejor que los medellinenses, y ya desde fines del siglo anterior, la prometedora pujanza de la ciudad incipiente. Sus calles empedradas —desde donde los pinches, entretenidos en picotear la hierba que crecía entre las juntas, levantaban vuelo al paso de mulas, bueyes, victorias y berlinas— se llenaban de almacenes y trilladoras, de talleres y fundiciones, y esto llamó la atención de Isidoro Silva, quien, consciente de las necesidades de información y divulgación que imponían las expectativas de ese desarrollo, elaboró una nomenclatura para todas las calles y preparó este *Primer Directorio General de la Ciudad de Medellín para el Año 1906*, acompañado de un plano de la ciudad en cuyo levantamiento tuvo la colaboración de Joaquín Pinillos A. y Carlos Arturo Longas. Culminado el proceso de recopilación de la información y de su ordenamiento, lo entregó a la imprenta en 1899. Pero como él mismo lo explica en la presentación: “En el año de 1899 se dio principio a la impresión de esta obra, bajo un plan combinado correctamente. Por causa de la guerra que azotó al país durante tres años, me fue preciso suspenderla...”. Retomado el proyecto en 1905, luego de algunos ajustes en materia de datos y de pasar por tres imprentas, incluida la del Departamento, el *Directorio* vio la luz en 1906.

En alguna medida el título es engañoso porque el libro es más que eso, que ya es mucho. Aproximadamente la mitad del texto es de carácter monográfico y su objeto es el Departamento de Antioquia, al menos en aquellos aspectos en los que la tenacidad de Isidoro Silva venció la abulia y las dificultades de comunicación de entonces. Dentro de cierto desorden en la composición, que el autor justifica por los muchos avatares de la impresión, el libro contiene síntesis históricas del Departamento de Antioquia, Medellín, Santa Fe de Antioquia, Yarumal y Andes; minimonografías de los hospitales de varios municipios en información, entre otros

asuntos, sobre la Biblioteca del Tercer Piso en Santo Domingo, el Museo de Zea y su biblioteca, el Cementerio de San Pedro, la Catedral en construcción, la Sociedad de San Vicente de Paúl, la Compañía Antioqueña de Transportes (fluvial). También se dedican unas páginas a algunos personajes notables y a sitios de interés, como templos, el museo particular de Leocadio María Arango, la estatua de Pedro Justo Berrío, teatros, conventos y otras edificaciones.

La segunda parte, titulada “Direcciones”, constituye propiamente el Directorio General de Medellín. Las dimensiones física, económica, social, gremial, profesional, educativa, de servicios, recreativa y de organización municipal, se esbozan a través de los datos, direcciones y avisos comerciales del primer directorio ciudadano, hoy por hoy una rareza bibliográfica, prueba de lo cual es la existencia en Medellín de apenas cinco ejemplares del libro.

El *Directorio* está dividido básicamente en dos partes. La primera se organiza en orden alfabético de apellidos. A continuación de cada nombre se indica la profesión por medio de las letras iniciales; luego, viene la dirección. Así, por ejemplo, el carretero Juan C. Acebedo, aparece de esta manera: “Acebedo Juan C., carret., 1, ce. 29” y el albañil Jesús A. Acebedo, de esta: “Acebedo Jesús A., albñ., 11, ce. 13”. La segunda parte es una lista de personas por oficios y profesiones, presentadas, por supuesto, en orden alfabético: “Abogados, Agentes y representantes de casas extranjeras, Agencias varias, Agricultores, Albañiles, Aplanchadoras, Alfareros”. En forma independiente se informa de las Academias, Sociedades y Oficinas Públicas, nombrando a quienes las componen y ocupan los cargos principales.

Tan valioso como saber cuáles eran los oficios más comunes para tener una noción de lo que era Medellín en la primera década del siglo XX, son los avisos comerciales, que abundan en el Directorio. Reflejan el desarrollo de la economía, las expectativas del consumo y ciertos usos en las

modas de las clases altas. Abundan los avisos que denuncian el rasgo importador de esa economía:

POSADA & GONZÁLEZ

Ingenieros de minas relacionados con las principales empresas mineras de Antioquia y Caldas

ESPECIALIDAD DE ESTA CASA:

Explosivos superiores para minas
Gelatina Repauno, Mecha y fulminantes

“Todo lo mejor que se puede introducir”.

Y aparecen también los que evidencian la competencia de una industria autóctona incipiente:

LAS CAMISETAS, SOBRECAMAS, TOALLAS, ETC., ETC.

que producen los *Talleres de San Vicente* son de superior calidad y a precios más bajos que sus similares extranjeros.

Un contacto prolongado con los libros hace imposible, me parece, evitar la pasión de la bibliofilia. Y cuando el ataque ha sido a fondo es comprensible que pueda ser tan apasionante leer una buena novela como un directorio —sobre todo si se trata de un directorio de las características que acabamos de reseñar—, un drama como un viejo periódico comercial, un poemario como un libro de viñetas. Una imaginación lectora aguzada por la buena literatura y la bibliofilia, lee entre líneas, percibe el rumor de la vida lo mismo en un directorio o en una revista de modas que en una novela. La complicidad entre este espíritu y la pátina que casi un siglo ha dejado sobre este *Primer Directorio General de la Ciudad de Medellín*, permite percibir bajo los datos la corriente de la incipiente vida ciudadana que remontaba una nueva centuria, abrir a sus ecos lejanos, al ritmo de sus calles, a su cuerpo de pueblo grande asediado por mangones y arboledas, apaciguado en la horizontal de los tejados por encima de los cuales sólo se elevaban las torres y espadañas de las iglesias, y donde los mugidos no disonaban del traqueteo de las ruedas de victorias y berlinas.

En 1925 la Sociedad de Mejoras Públicas promovió y patrocinó la edición de un libro titulado *La Ciudad*, como uno de los acontecimientos de la celebración de los 250 años de fundación de Medellín. El subtítulo anuncia la pretensión del libro: “Pasado - Presente - Futuro”. Fue impreso en la Tipografía Bedout y su redacción se le encargó a Agapito Betancur (crónica histórica y actualidad), Juan de la Cruz Posada (geografía y geología del Valle), Jorge Rodríguez (estadísticas), Camilo Botero Guerra (planos de Medellín), Ricardo Olano (guía turística), Rafael Ospina Pérez (el café) e informes sobre el Ferrocarril de Antioquia, finanzas públicas, obras públicas, instrucción pública, industrias, urbanismo, Sociedad de Mejoras Públicas, “Medellín Futuro” y otros asuntos vinculados a la vida ciudadana (sólo el aparte firmado por Raimundo Rivas, titulado “El Mensajero de la Victoria”, es excéntrico a esta característica común, pues se trata de una semblanza biográfica de un militar antioqueño que participó en las luchas de la Independencia, lo que, en rigor, lo hace prescindible para el volumen).

Sin restarle méritos a los otros textos, el de Agapito Betancur es con el que debemos estar más agradecidos. Recapitulando lo escrito hasta entonces sobre Medellín, es lo más completo —por la gama de tópicos tocados como por abarcar desde el pasado más remoto hasta ese 1925—, detallado y respaldado con datos. Su estudio monográfico deja por fuera el resto del Departamento para centrarse en el Valle de Aburrá, desde que los españoles lo descubrieran en 1541. La forma como cuenta este episodio será rasgo de las páginas restantes: nombres, fechas y lugares por donde según distintas tradiciones de la crónica ciudadana, entraron los españoles al Valle en dicho año. Registra luego las fechas, sitios y protagonistas de otras incursiones en ese siglo XVI, y reconstruye el proceso de concesión de tierras, herencias, ventas, fundación de hatos, estancias y primeros asentamientos de la futura ciudad, con una minuciosidad que

cubre todo el territorio del Valle y hasta los precios de dichas operaciones, que incluían los remates, en castellanos, tomines y quilates, narración en la que, como de coletto, asistimos al nacimiento de la toponimia urbana, la heredada de los indígenas y la que tiene origen en los primeros propietarios españoles.

La solicitud de erección del caserío en villa (en su ubicación definitiva: el ángulo formado por el río Medellín y la quebrada Santa Elena), la oposición de los vecinos de la ciudad de Santa Fe de Antioquia, la concesión de dicha petición por parte de la “Reyna Gobernadora” en cédula real del 22 de noviembre de 1674 (aunque, como es sabido, la erección la oficializó Miguel de Aguinaga el 2 de noviembre del año siguiente), cuyo texto se reproduce, lo mismo que el acta de Independencia de la Villa de Medellín, una descripción esquemática de lo que era el plano urbano un siglo después de la fundación lo mismo que del Escudo de Armas, continúan la fase del Descubrimiento y primeros avances pobladores españoles. Viene luego una reseña del desarrollo urbano de Medellín durante los siglos XVIII, XIX y primeras décadas del XX. Primeras calles iniciales, barrios y pobladores españoles, medidas del Cabildo respecto a lo que se delimitó como área urbana, la consecución de la primera Casa Consistorial (largo litigio, cuyos avatares se cuenta, incluyendo datos simpáticos como el de que la casa comprada para tal efecto lindaba por uno de sus costados con “un solar de las benditas ánimas”), la arbitrariedad de obligar a vender sus lotes a los indios que vivían en los alrededores de la plaza principal, la construcción de los primeros templos, las escasas residencias que bordeaban el arroyo Santa Elena y sus dueños y ocupantes (al estilo minucioso de como lo hizo Carlos J. Escobar en *Medellín hace sesenta años*), descripción que se extiende a otras calles y sectores como Guanteros, El Llano, Camellón de la Asomadera, calle de San Benito, las residencias que conformaban la Plazuela de San Francisco, datos aislados pero valiosos para la crónica ciudadana sobre

los primeros sastres y ebanistas, la primera imprenta, los primeros pianos, las primeras boticas, escuelas y colegios. Continúa la reseña con la primera exposición industrial, la llegada de la Compañía de Jesús, el telégrafo, los primeros músicos. A veces se detiene en particularidades muy valiosas para el historiador y el simple curioso, como la enumeración de los muebles más comunes (“de burda fabricación nacional”) y de los trajes que usaba el pueblo y lo que Betancur llama “clase media”, con especial detenimiento, por supuesto, en lo que usaban las mujeres, tanto lo que se llama “diario” como en las fiestas.

El aparte sobre los templos (diez templos históricos), primer texto monográfico sobre el tema, contiene los datos fundamentales: año de inicio de construcción, dueño original del predio, gestores, autores de los planos, albañil principal, fecha de inauguración, fechas en que se emprendieron y culminaron reformas. También es primicia monográfica destacada la reseña de las trece instituciones de asistencia pública y de las diecinueve instituciones educativas vigentes más importantes entonces. Un tratamiento similar reciben los primeros comerciantes que se recuerdan de los tiempos inmediatamente posteriores a la fundación, el Matadero Público, la Plaza de Mercado Cubierto, la Casa de Moneda, la Feria de Animales, varias industrias, los teatros, el tranvía, los parques principales, etc., todo ello dentro de cierto desorden pero con un ánimo de precisión y construcción de una memoria ciudadana fiel a los hechos y sus gentes.

Sin restar méritos a los otros trabajos que componen el libro, lo de Agapito Betancur, que acabamos de reseñar muy someramente, es lo que se erige como recuento monográfico más cabal. Es su texto lo que hace del volumen un capítulo de la bibliografía ciudadana. Las restantes contribuciones complementan lo de Betancur con sus repastos sobre los aspectos parciales mencionados atrás, y, dentro de las desigualdades que son de esperar en las obras colectivas. El

mosaico ofrece un palpito y un panorama de un conglomerado urbano en un momento importante de su historia: cuando de verdad comenzaba a ser ciudad y se despojaban sin misericordia de su arquitectura vernácula y de sus maneras aldeanas. Y sin duda las élites tenían conciencia de ese momento. El capítulo que cierra el libro, “Medellín Futuro”, escrito por Carlos E. Gómez, expresa de una manera más decantada esa conciencia, ese espíritu de apuntarle pronto a ser, si no una gran ciudad, sí una ciudad moderna, y no sólo en lo arquitectónico y urbanístico sino en los servicios públicos (incluyendo el transporte), en la asistencia social, la educación, la salud, el esparcimiento y, por supuesto, las oportunidades de trabajo. Los proyectos tenían nombre propio y se deseaba la pronta realización de todos ellos: el cubrimiento de la quebrada Santa Elena, la prolongación de las líneas del tranvía y de la red telefónica, la pavimentación de vías y la construcción de campos de recreo, baños públicos, lavanderías municipales, apertura de calles y plazas previstas en el Plano de Medellín Futuro, el hospital San Vicente de Paúl, Palacio Municipal, Seminario Conciliar, Instituto de Bellas Artes, Gobernación de Antioquia, embellecimiento del Bosque de la Independencia y la Plaza de Cisneros, etc. A la cabeza de muchas de estas iniciativas estaba la Sociedad de Mejoras Públicas y ésta se sostenía en una relevante conciencia cívica de sectores políticos y gremiales de la ciudad, que hacía posible y respaldaba el quehacer de aquella Sociedad, gestora de la celebración de los 250 años de Medellín y del mismo libro que acabamos de reseñar, producto de un sentido de identidad histórica y a la vez consolidación de ella. El material gráfico, antiguo y contemporáneo de la publicación, que acompaña al libro, es relativamente abundante y variado: lugares antiguos y modernos, fachadas de edificaciones proyectadas, planos, edificios, interiores de fábricas, avisos de propaganda, estatuas, fotos de grupos de personas.

El libro que comentamos a continuación es el Padre de nuestra memoria ciudadana, incluidas sus imprecisiones y equivocaciones fundacionales, debidas, como demuestra con todo rigor el prólogo, a yerros del “Cojo” Benítez, autor del texto más antiguo escrito entre nosotros. De él partieron —citándolo y más a menudo plagiándolo— todos los que hasta bien entrado el siglo XX historiaron los orígenes de Medellín. Su autor fue escribano de oficio desde fines del siglo XVIII hasta 1830 aproximadamente. Y los temas de su cronicón son sucesos de los que fue contemporáneo y también hechos vinculados al descubrimiento del Valle de Aburrá por los españoles, lo mismo que al surgimiento de los primeros caseríos, a la fundación de la ciudad, la erección en villa y otros acontecimientos vinculados con esos años iniciales, de los que se informó en archivos del cabildo, en cronistas de los siglos XVI y XVII, y en personas viejas a las que entrevistó.

Sobre los prólogos no es raro escuchar, e incluso de grandes autores, comentarios despectivos. Pero en este caso no vale ninguna reserva. Hay que decir que este prólogo es fundamental por varias razones. Es más que un prólogo, es un documento histórico. Para empezar, la publicación por primera vez de un texto inédito, escrito entre ciento veinte y ciento cincuenta años antes de emprenderse esta primera edición, impuso un trabajo de búsqueda del documento, desciframiento paleográfico, comparación de datos en otras fuentes, búsqueda de información ausente en el *Carnero de Medellín* sobre los temas que trata y aun sobre su autor mismo, de quien, salvo su libracó inédito y los muchos documentos oficiales que llevan su firma de escribano, poco se sabía, lo que fue una de las resistencias a vencer por parte de Roberto Luis Jaramillo: “No obstante me di al empeño de buscarlo y perseguirlo por cielo, mar y tierra, como se dice. Lo busqué por archivos de toda clase y condición. Y el rastro me ayudó a formar su rostro”. Pero más que todo este

esfuerzo, fue el enorme desorden cronológico del original, los tachones, enmendaduras e interpolaciones, amén de los yerros —“virtudes” que nos detalla el historiador con toda precisión—, lo que convierte al prólogo en la radiografía del exigente y pundonoroso trabajo de investigación que supuso preparar esta edición, y también en guía obligada para su lectura y comprensión. No se trata, pues, de un prólogo de trámite, de simple cortesía presentadora, como se verá.

“[...] se presenta esta edición, advirtiendo que comenzaré por unas consideraciones muy generales sobre el manuscrito, su descripción y clasificación, el fondo histórico o teatro en que hubo de actuar el “Cojo” Benítez, la utilización, indebida o no, que se hizo de su obra, algunos apuntes de su biografía, y los criterios de esta edición”. Éste es el plan del prólogo. Limitándonos a este párrafo, se podría decir que al fin y al cabo, el desafío sería común a muchos otros prólogos. Sin embargo, después de la descripción del manuscrito, no es posible seguir pensando lo mismo. Citemos un párrafo que es fundamental en el prólogo para entender la dificultades de transcripción y aclaraciones que el texto impuso al historiador Jaramillo: “Benítez era de lo más desordenado y descuidado que se pueda encontrar. Tal vez por ello nunca fue escribano. Apenas tocaba un tema que logra el interés del lector, y pasaba a otro asunto. Años más adelante lo volvería a tocar, agregando más noticias o corrigiendo, aprovechando algún espacio en blanco, o interpolando, o escribiendo una apostilla, o largas notas al margen. Todo este desorden, añadido a que en veces no fechaba la última nota puesta, hizo equivocar a muchos de los que lo han consultado, confundiéndolos, y confundiendo ellos mismos a sus propios lectores. Por ejemplo, en el folio en donde originalmente anotaba una noticia de 1798, incluía una nota de 1836, quedando ésta última como de la primera data. Descuidado, tiene el manuscrito muchos tachones, enmendaduras, apostillas, notas marginales repartidas por varios folios, y también con tachaduras, cartas

agregadas, impresos insertados en medio de un texto, dividiéndolo, pues en el propio impreso también escribía noticias; y si a todo esto se junta que incluía los escritos preparatorios o borradores de memoriales y escrituras, y que hacía añadidos de varios papeles, y que en alguna hoja ya perdida para un protocolo, usaba el pedazo en blanco que quedaba [...] resulta muy difícil para consultar y una catástrofe para transcribir, anotar y editar...” A esto hay que agregar el estado del original: “Se trata de un ejemplar en un solo volumen, y en regular estado de conservación, pues algunas letras están ilegibles por suciedad o por lo defectuosa de la encuadernación. Muestra algunos folios apolillados, huellas de cucarachas y abejas, además de algunas roturas [...]”. Nada fácil, pues, el “trabajito” de editar al primer cronista que tuvo Medellín.

Luego de la detallada descripción física del documento, de contar la novela de su paso de unas a otras manos durante esos ciento cincuenta años, el prologuista nos entrega de su cuenta un recuento histórico breve de la primera época de la presencia española en el Valle de Aburrá, del nacimiento de Santa Fe de Antioquia, de los traslados sufridos por ésta, su pertenencia inicial a la gobernación de Popayán, el proceso de su traslado a la de Antioquia, los primeros pasos del desarrollo económico de la futura Medellín, su incipiente pero importante colonización en el siglo XVII, las primeras concesiones de tierras y sus primeros otorgamientos testamentarios, los cambios graduales que inclinaron la balanza del desarrollo a favor de Medellín y en contra de Santa Fe de Antioquia, y las decisiones administrativas que tal realidad impuso a la corona española. Lo que aconteció entonces, y sobre todo, después en el Valle de Aburrá, hasta la época donde termina el período abarcado por el *Carnero* de Benítez (1797-1840), el historiador lo entrega a voces del pasado, a cronistas que en algunos casos fueron contemporáneos de los acontecimientos que narran. Jorge

Robledo, Juan Bautista Sardella, Pedro Cieza de León, Antonio Vásquez de Espinosa, Archivo del Cabildo de Medellín, Francisco Silvestre, Mon y Velarde, Cabildo de Marinilla, José Manuel Restrepo, Salvador Madrid, Boussingault, Eladio Gónima, sacerdote Javier Piedrahíta, etc., son citados generosamente y con la idea de que el lector del libraco de Benítez enmarque y coteje lo escrito por éste, tanto sobre el pasado remoto de la Villa, del que no fue testigo ocular, como de aquello a lo que si asistió: “[...] fue testigo ocular y presencié todos los eventos urbanos que hicieron posible la formación de una villa la más próspera, rica, grande y poblada de toda la gobernación de Antioquia [...] Benítez reseña la creación de un mercado público y de nuevos barrios, la ejecución de mejoras públicas, el desgaje de parroquias y de erección de pedanías en el valle [...] Estando joven le correspondió asistir demasiado cerca a las disposiciones del gobernador Silvestre y a las ejecutorias del visitador Mon y Velarde [...] Benítez observó el paso de una perezosa y estrecha aldea pajiza hasta llegar a ser la activa, poblada, grande y rica que no necesitó del título de ciudad para progresar”. Lo que hace aquí Roberto Luis Jaramillo —más las consideraciones citadas del historiador José Manuel Restrepo sobre la sociedad colonial antioqueña— es establecer una perspectiva adecuada para la lectura de nuestro *Carnero*. Y completan el marco sobre la sociedad de la que fue arte y parte José Antonio Benítez, unos señalamientos sobre rasgos destacados del pueblo antioqueño, de algunos cambios de mentalidad operados y sus causas, y acerca de la década en la que dio comienzo al paso decidido de Medellín de caserío a ciudad incipiente, con base en archivos de la época de Silvestre y Mon y Velarde, y en estudios de historiadores e investigadores del pasado y contemporáneos como Uribe Ángel, Gónima, Brew, Poveda Ramos, Beatriz Patiño y Ann Twinam. Ese desarrollo urbano no fue recogido por Benítez en su libraco, según Jaramillo,

porque su atención se dirigió a cosas como el pasado remoto de la ciudad; la vida religiosa: erección de parroquias y pedanías, nombramientos de capellanes, ceremonias, nombres de curas, vicarios, visitadores eclesiásticos, alcaldes de distintos rangos, fundación de conventos, pleitos por apertura de calles, fiestas patronales, solicitudes de distinto orden al rey de España; noticias sobre la campaña libertadora en América y, en pocas palabras, sobre todo lo habido y por haber, el acontecimiento menudo, como un bautizo o un fallecimiento, y el de mayor alcance colectivo, como la independencia de Antioquia.

La reseña del calvario de apropiaciones, con y sin comillas, sufridas por el *Carnero* a lo largo de nuestra historia, es una necesaria revisión crítica de la historiografía antioqueña sobre Medellín, tarea a la orden del día hacía ya años. En este punto el prólogo es tan minucioso como en lo demás y no perdona nombre de quien lo haya consultado o saqueado omitiendo citar la fuente. Esa franqueza era obligada por cuanto los usuarios del cronicón no siempre tuvieron el escrúpulo de cotejar en los archivos del cabildo o en otras fuentes las afirmaciones de Benítez, dando origen a algunos equívocos históricos que se heredaron de generación en generación. Sin beneficio de inventario se basaron en Benítez, directamente o sin saberlo —al seguir a otro autor que a su vez lo había copiado sin reconocerlo— y sin citarlo o haciéndolo tardíamente o de paso, es decir, dentro de cierta mezquindad: “un tal Santiago Benítez” inaugura la lista de sus usuarios en 1863 y la continúan Manuel Uribe Ángel (Jaramillo dice que éste se basó en el *Carnero* desde 1866 en una serie de artículos y que reconoció tal deuda sólo veinte años después: “Es extraño que un personaje de la categoría de Uribe Ángel, quien sabía usar, y usó en otros casos las comillas, cometiera el descuido o la travesura de no ponerlas desde las primeras lecturas o préstamos que hizo del manuscrito”), José María Gómez Ángel (sacerdote), Mariano

Ospina Rodríguez, Camilo Botero Guerra (que tomó unos datos del texto del “Cojo” pero en un artículo de Alejandro Barrientos, que no había citado su fuente), José María Mesa Jaramillo (“propietario por un tiempo” de los folios del “Cojo”, y quien, al retomar algunos de los apuntes sobre los orígenes de Medellín, los reelaboró, dando origen a “la polémica más importante hasta hoy” sobre el tema), Emilio Robledo (otro de los que no usó comillas con el expoliado “Cojo”), Agapito Betancur (con quien ya nos encontramos en este texto de presentación, y que sí cita la fuente, aunque cambia el nombre: “Celedonio”, hijo, por “José”, lo que le sugiere a Jaramillo que no consultó directamente el original), Luis Latorre Mendoza (“Un caso desconcertante de plagio [...] releyendo y comparando frases completas, me sorprendí al descubrir al copiante más abusivo del *Carnero de Medellín*. La parte segunda de su libro —el de Latorre—, entre las páginas 39 y 104, fue una reproducción tal que sólo faltó agregar la fórmula curialesca “es fiel copia del original, a que me remito”), Ricardo Olano (lo utiliza pero reconociendo explícitamente el hecho “en el tomo III de sus *Memorias*, cuenta Jaramillo), Manuel Monsalve Martínez (cita algunos de aquellos que lo copiaron pero no a Benítez), Antonio J. Gómez, presbítero (“presumo que también se benefició del *Carnero*, sin citarlo”), Javier Piedrahíta, presbítero (“tuvo la ventaja de consultarlo, entenderlo y citarlo debidamente en un libro publicado en 1976), Jorge Restrepo Uribe (“... referenciado como fuente en su voluminoso libro sobre la ciudad”) y Humberto Bronx, seudónimo del presbítero Jaime Serna (quien lo cita y transcribió con sumo descuido, “evidentes descuidos paleográficos, y alteraciones, por adición y supresión”).

Mal que bien, pues, nuestra memoria ciudadana viene del “Cojo” Benítez, un poco coja, es cierto, haciendo honor al apodo de nuestro primer periodista, cronista e historiador. Por eso el prólogo de Roberto Luis Jaramillo que acompaña a la edición es fundamental: porque el acto de rescatar nuestro

Carnero de su prolongado carácter inédito, se confunde con la tarea crítica de señalar sus errores y limitaciones, y con la no menos relevante de demostrar cómo alimentó a todos nuestros cronistas posteriores, abiertos o vergonzantes (plagiarios, copiones), es decir, cómo en efecto, insuficiencias a cuestas, el *Carnero de Medellín* es la piedra angular de nuestra historiografía ciudadana.

La tarea esclarecedora del prólogo se complementa con las “Notas al Carnero” que cierra el volumen. Cada una de las 345 notas hace precisiones “muy puntuales”, como se dice ahora, al texto de Benítez. Las precisiones son tan variadas como lo son los asuntos del Carnero: confusiones geográficas, equivocaciones históricas, anacronismos heráldicos, nombres erróneamente escritos, utilización impropia de términos, noticias falsas, desorden cronológico, etc.; pero las precisiones no siempre corrigen, a menudo aclaran o completan lo anotado por el amanuense Benítez. Estas notas suman, si no un libro completo sobre el tema, sí apuntes muy valiosos, respaldados en confrontación y consulta de fuentes diversas, sobre los primeros tiempos de la villa y regiones aledañas, desde el descubrimiento del valle por los españoles hasta el tiempo cubierto por la vida de Benítez, en materia grave —por ejemplo, la aclaración (nota 15) sobre las dos fundaciones jurídicas de Medellín—, y en materia leve —la utilización (nota 6) anacrónica de un término por parte de Benítez: “[...] el uso de la voz “Cantón” aplicado a la conquista”.

El resto es el *Carnero de Medellín*. Sólo que al reseñar el prólogo y las notas finales, pertenecientes ambos a Roberto Luis Jaramillo, hemos reseñado indirectamente el libro de Benítez, quien sale de las dos pruebas firme en su sitio de indiscutido primer cronista de nuestra historia ciudadana, pero también muy vapuleado por sus muchas equivocaciones de distinto orden y por su desorden, cargo del que se defiende con anticipación premonitoria y de la siguiente manera: “Con

motivo de mis equivocaciones no me ha sido posible formar este libro Becerro de memorias con el orden de fechas seguidas que se requería; por eso unas noticias van adelante, otras después, así como las iba consiguiendo, y agregando después otras que copiaba. Vale”. Al “Cojo” no le alcanzó el ordenador de palabras, a su sufrido y riguroso prologuista sí.



Uriel Ospina es un caso sobresaliente de escritor malogrado por la noria del periodismo. *La vida turbulenta de Francois Villón*, publicada póstumamente y *Bolívar en París*, inédita, son las dos obras que alcanzó a escribir y redondear con el despliegue de la escritura que imponen las obras mejor logradas. Los dos libros son elaboraciones estilísticas modernas e impecables, y se fundamentaron en investigaciones serias de documentos correspondientes a las épocas en que los dos personajes vivieron en París. *Cuatro historias de bribones* está a la altura de las anteriores en cuanto a la base documental que la sustenta pero no en relación con el desarrollo moroso que singulariza a aquéllas dentro de su producción y que hace de su lectura un deleite para el criterio más exigente; se resiente de cierto apresuramiento, de un caudal de datos que requería más páginas para no hacer aparecer éstas como atiborradas. Una montaña de datos sobre el escritorio pero muy poco tiempo para incorporarlos en un libro más pausado. Igual cosa le sucedió con el que se incorpora a la colección que presentamos: *Medellín tiene historia de muchacha bonita*.

Todo indica que fue escrito por encargo, es decir, de afán, con motivo de las celebraciones del tricentenario de Medellín

en 1975. Fue publicado en febrero de 1976 por Ediciones Tercer Mundo. No es un libro de historia aunque la tiene en buenas cantidades, dentro de la brevedad del volumen, sobre los primeros tiempos de Medellín —desafortunadamente siguiendo en lo fundamental a Latorre Mendoza, que no es una fuente muy confiable según lo demuestra el ya reseñado prólogo de Roberto Luis Jaramillo, aunque el demonio irreverente que para fortuna de sus textos lo acompañó siempre, lo lleva a confrontar y relativizar traviesamente las cronologías de cronistas e historiadores (por ejemplo, cuando le ofrece al lector seis fechas para la celebración de la fundación de Medellín, todas ellas con validez documental comprobable), y no sólo las cronologías sino la naturaleza de los hechos mismos bajo la capa de la solemnidad declamatoria exterior y oficial (léase revelación de los intereses económicos reales tras las declaraciones formales o políticas: “El traslado del caserío inicial de El Poblado a Aná se hizo por una razón muy clara: aquel era resguardo de indígenas y como tal sus tierras eran inenajenables en favor de quien fuere, sobre todo de españoles. El de Aná, no. De modo que, todos a Aná, en donde todos podían ser propietarios”); la erección del poblado de San Lorenzo por Francisco Herrera Campuzano; el traslado a Aná; las primeras grandes concesiones de tierra (un siglo antes de la fundación), la prolongada puja por hacer villa del poblado con la oposición de la más antigua Santa Fe de Antioquia; el primer empadronamiento (1675, un mes antes de la erección oficial en villa) del valle entre Caldas y Barbosa, que arrojó un total de 3.000 personas y 280 familias (cuyos componentes se especifican, incluyendo el oficio de los varones adultos); la descripción del plano de Medellín en 1770, “calculado por H. M. Rodríguez” en pleno siglo XX y de uno de 1889 levantado por estudiantes de la Escuela Nacional de Minas de Medellín. Y hasta ahí llega el tributo de Uriel Ospina a la historiografía convencional sobre la efemérides, aunque tributo irreverente, a la vez riguroso y

juguetón. Lo que sigue no es ya el historiador improvisado sino el cronista ameno y ducho, que escribe sin otro plan que ceder por placer a los asedios de la historia menuda, se trate del testimonio de cronistas que lo precedieron cincuenta, cien o más años, o se ocupe de sus propios recuerdos de la ciudad en la que nació y se hizo, momentos que son, por supuesto, los mejores de este libro y donde el talento y las dotes de todo orden que lo señalaban como especialmente apto para la ficción en prosa, la biografía y la crónica, se sobreponen al afán y consiguen a menudo constituir la textura, expresividad y ritmo de la prosa. Son estos momentos donde su talento y sensibilidad se imponen, los que de manera particular desatan en el lector perspicaz una nostalgia precisa: qué libros de primer orden pudo dejarnos Uriel Ospina si hubiera dispuesto de mejores condiciones de tiempo para la creación literaria libre, si el periodismo no lo hubiera uncido tan de principio a fin y tan por completo.

Cuando este escritor, nacido en el barrio San Benito, de Medellín, comienza a recordar, su libro sobre la Villa acusa el golpe del desorden propio de quien evoca libremente, pero obtiene a cambio —por el conocimiento vivo, detallado y amplio de sus temas; por la abundancia y la fuerza de sus remembranzas, y por un estilo, hecho de precisión periodística (digo “precisión”, ojo, que es otra cosa que pobreza verbal, lo que en absoluto se le podría señalar a Ospina), vigor acumulativo (episodios, lugares, personajes y cosas se suceden con esa sobreabundancia que fluye con la encantadora naturalidad de la experiencia deleitosamente repetida y rumiada en cada ocasión, y vivida con una conciencia exacerbada de la fugacidad del instante), ritmo rápido, predominio de lo sensorial y plástico sobre las consideraciones históricas o sociológicas, y humor, mucho humor, adobado todo dentro de una solvencia verbal que delata al escritor dotado.

Es el libro de un curioso, de un “metiche”, como lo fue Francisco de Paula Muñoz, el de *El crimen de Aguacatal*,

de un ávido de vida como lo fue también Arturo Echeverri Mejía, para el que nada fue indiferente en la vida. Por eso Uriel Ospina, una vez despachado, a su modo, lo relevante del pasado remoto de la ciudad, se mete con la mejor letra menuda de esos viejos tiempos, con episodios de nuestra incipiente picaresca criolla (como el tira y afloje por la casa cural entre el Cabildo, que sesionaba bajo una carpa, y uno de los primeros párrocos de la villa); con el primer crimen (cometido en 1702 por un cura español), en cuya narración se deleita, como también lo hace con la serie de episodios desatados por el antisantanderismo del sacerdote José María Botero Cadavid, verdadero folletín político de provincia. El repaso a la historia de algunas iglesias, conventos y primeros cementerios, la hace a su modo, es decir, deteniéndose, por ejemplo, en el sarao de inauguración de la Veracruz (en la que no faltó precisamente el aguardiente), en el enredo de nombres oficiales y los asignados por la tradición medellinense a las iglesias de San Benito (oficialmente de San Francisco) y San Ignacio (en realidad San Francisco), y a la plazuela de San Ignacio (de nombre propio José Félix de Restrepo), resultado todo de un partija entre los jesuitas y el Estado, donde los primeros se quedaron con el lado sur de la manzana oriental (iglesia y convento, luego Colegio de San Ignacio) y el Estado con el lado norte (Liceo de la Universidad de Antioquia). Este aparte de su cronicón le sirve de impulso para el capítulo siguiente, el sexto, dedicado por entero a una deliciosa microhistoria —como gusta decirse ahora— del barrio y la vida estudiantil que fermentó en los costados y los alrededores de la plazuela de San Ignacio, relato que tiene el mismo sabor del que hace sobre el barrio del París del siglo XV donde nació y creció Francois Villón, en su libro sobre el poeta. El barrio se habría empezado a formar a comienzos del siglo XIX y de sus avatares sabemos desde sus rasgos físicos iniciales, pasando por las costumbres estudiantiles (académicas y no, y también las santas y también las otras y

dónde, es decir, en qué vecindades), la leyenda del espanto de fray Rafael de la Serna, personajes (sabrosas, sobre todo, las semblanzas de las tres mujeres —“Cata”, “Mica” y “Documento”— a las que los estudiantes recurrían para suplir diversas necesidades (no pienses mal, lector, lee el libro) hasta llegar al “periodiquín” estudiantil, *La Palestra* perteneciente a la época en que estudiaban en las aulas de la Universidad de Antioquia Tomás Carrasquilla y Francisco de Paula Rendón.

Luego viene un capítulo de mucha utilidad para la consulta en las bibliotecas y para la curiosidad, titulado “Los primeros de la clase”: fecha de la primera fundación de Medellín, primera iglesia, primer censo, primera sesión del Cabildo, primera escuela pública, primera fábrica de aguardiente, primera estafa con reliquias religiosas, primer colegio femenino, etc., especificando el año en cada caso. El lapso abarcado va de 1616 a 1947. Este capítulo cierra la primera parte que, siendo buena como hemos visto, no lo es tanto como la que sigue, donde el autor destila algunas de las mejores esencias de su vivencia de la ciudad, de su ciudad, cuyas posibilidades vitales exprimió como pocos, de niño, muchacho y hombre. No sigue más orden especial que el arbitrario de la memoria. Da entrada en primer lugar al recuerdo de un torero —no sin antes hacer una pequeña historia de la construcción del Circo España, de describirlo con detalle, lo mismo que de especificar el uso múltiple que se le daba— que se quedó unos años en Medellín, convirtiéndose en todo un personaje de su vida bohemia y social, además de la taurina, en la que fue toda una leyenda, de cobardía (le escurrió el bulto al toro en su primera presentación en la “Bella Villa”), de valentía (se le midió en su segundo y la faena dice el cronista que fue para recordar), y las dos caras dentro de “su notoria escasez de facultades”, como dice con guasa Ospina, gran aficionado a la tauromaquia según lo deja ver con toda claridad este “emocionado

recuerdo”, para utilizar su propia expresión, cuando recuerda a otro diestro, el “Chiquito de Begoña”, al cierre de esta remembranza de hechos y personajes de la vida taurina medellinense en la primera mitad del siglo XX.

Igual procedimiento, es decir, aunando la historia de lugares, personajes y cosas con los recuerdos personales que lo vinculan a ellos, recuerdos que trasuntan experiencia interna y prolongada aplica a los asuntos siguientes, todos ellos entrañables en la memoria ciudadana: el Teatro Bolívar, crónica gracias a la cual sabemos hoy en detalle cómo era el teatro por fuera y por dentro, y algunas de las conductas del público en las representaciones y en los entreactos, así como algo sobre la diversidad de representaciones a que se destinaba; el “mercado de pulgas de Enrique Blair, una delicia de estampa sobre un lugar tipo Arca de Noé donde era posible vender hasta el cachivache más inútil (mal vendido) y conseguir cualquier cosa; los tranvías, la letra menuda de sus incomodidades, utilidad, colores, ruidos y chisporroteos; el barrio Guayaquil, crónica cuyo comienzo es una muestra de los mejores momentos a que llega la prosa del autor cuando aborda tópicos trasegados intensa y repetidamente por su ansia dionisiaca de vida: “Hubo que conocerlo para darse cuenta, aproximadamente, qué pudo haber sido. Hubo que haber pasado por ahí, tarde en la noche, sin una aguja encima, para conocer el miedo. Hubo que aceptar, de grado o por fuerza, la copa ofrecida por cualquier perdonavidas en cuyas rodillas había sentada una hembra de rompe y rasga, para comprobar lo que era la obediencia a la fuerza bruta. Hubo que ver aquellas riñas a cuchillo, o los épicos encuentros entre soldados en licencia y policiales de turno, para ver de cerca lo que era la hombría [...]. Eso, y algo más, era Guayaquil, caminantes”. Y los personajes: Canuto, legendario fabricante de trompos entre los años treinta y cincuenta del siglo pasado; Benedo, el capitán López y Rosa Peluda, sacerdotes máximos de la sabaleta, el tamal y el sancocho de gallina en sus

respectivos fogones; los cafés: “La Bastilla”, el “Hércules”, y los simples o “bobos” (que a veces no lo son tanto), nacidos para romper los tedios ciudadanos de los desocupados.

Como deja ver nuestra reseña, *Medellín tiene historia de muchacha bonita* es una miscelánea de la historia antigua y de algunas facetas del presente de la ciudad que el autor conoció de niño, muchacho y hombre. Tiene el sello de lo mejor y lo menos bueno del escritor que fue Uriel Ospina. La presencia de un estilo preciso, vigoroso, sobrio y fogoso a la vez, plétórico de variedad y facundia vital y verbal, en suma, una escritura palpitante de aliento épico, dotada para proyectos mayores, para novelas extensas, para estupendas biografías; pero también acusa, sobre todo en el tramo final, ese signo que afectó casi todo lo que salió de su pluma: el apresuramiento, la falta de tiempo. Sin embargo, lo esencial es esto: en sus páginas se preservan huellas de la vida de la ciudad que otros pasaron por alto —lo que convierte a este libro en referencia imprescindible para la memoria— y dentro de un estilo superior, de escritor con verdadero talento, segunda razón que hace de su lectura un acto imprescindible.



Joaquín Antonio Uribe fue un poeta metido a botánico y a maestro. Todos sus libros ponen de presente al naturalista dueño de una pasión excepcional por su objeto (basta leer cualquier texto suyo para comprobar que no hay ninguna exageración en decir esto), con formación teórica y prolongada y constante experiencia investigativa, amén de una no menos persistente labor de divulgación el en aula y en

revistas y periódicos (en algunos casos fundados por el mismo). Y también revelan a cada instante al poeta y al pedagogo de todas las horas. Por eso, como en el caso de ese otro botánico antioqueño y paisano suyo que fue el padre Roberto Jaramillo Arango, la lectura de *Flora sonsonesa*, *Flora de Antioquia*, *El niño naturalista*, *Cuadros de la naturaleza* o *Curso compendiado de historia natural*, es una experiencia que se sale de lo usual en ese tipo de textos, como que es también una experiencia literaria, sin que ello signifique merma en el rigor científico, trueque del conocimiento de la botánica y la zoología por vaguedades líricas o desaliño en la estructuración de sus textos. Escribe con amor por la naturaleza, lo que aunado a la formación académica, al conocimiento de la flora y la fauna de su tierra, y a la exposición agradable, produce como resultado lógico el interés del lector en el texto y, lo que es más importante, en la naturaleza de su región.

La explicación para que se haya producido el fenómeno Joaquín Antonio Uribe habría que buscarla, por supuesto, en el sello de su individualidad particular, en su experiencia del mundo (lo que incluye la académica pero no se limita a ella sino que registra como capital, por ejemplo, vínculos decisivos, desatadores, como lo fue doña Victoriana Estrada de Velásquez, la señora de Sonsón que le enseñó en su infancia a amar las flores). Pero existe también una explicación histórica llamada “Los botánicos de Sonsón” por doña Luz Posada de Greiff en un breve pero ilustrativo texto aparecido en un catálogo publicado en 1995 por la Biblioteca Pública Piloto y que apoyó la “Exposición Didáctica” llamada “Botánicos Antioqueños”. Allí se aclara cómo Joaquín Antonio Uribe no nació en un panorama lunar para las ciencias naturales, como que recibió las primeras nociones y el estímulo fuerte de dos hombres: uno, sonsoneño, José Joaquín Jaramillo, quien fue uno de sus maestros; extranjero, el otro: Alfredo Callon, de quien recibió indirectamente la influencia que éste

dejó en la enseñanza en Sonsón en la década que comienza en 1860, según las precisiones hechas por doña Luz Posada de Greiff en su estudio.

Agradecemos, pues, esa conjunción de estrellas que forjaron esa figura y que nos permiten seguir leyendo con el mismo deleite a don Joaquín Antonio Uribe casi setenta años después de su muerte y noventa después de publicados sus primeros artículos. Veamos dos ejemplos del maridaje del poeta y el científico, luz que ni desaparece ni decae nunca en ninguno de sus textos y que fluye de su pluma sin ningún esfuerzo aparente. Al hablar de la Dormidera leemos lo siguiente —que bien pudiera firmar un viajero europeo ilustrado de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX—: “Consideremos la Dormidera de nuestros campos, de la familia de las mimóseas. Es una tarde serena de verano; ya se hundió el sol en el ocaso; los céfiros retozan en los matorrales; reina el silencio propio de esa hora melancólica de recogimiento y meditación”. ¿Cómo no pensar en la poesía sobrecogedora y entrañable de las tablitas de don Rómulo Carvajal? ¿Cómo no sentir un efluvio común que baña por igual página y madera, una hermandad profunda de materia poética, de provincia honda, de vecindad de hortensia y tapia bajo esa misma luz de lujuriente verano o enmohecido invierno? Pero la poesía no lo lleva a olvidar del todo la planta que lo ocupa. Por lo menos, si no en todos, sí en muchos casos. “Además, sus emanaciones constantes son aromáticas y medicinales: en regiones donde las fiebres y epizootias eran frecuentes y aun endémicas, las plantaciones del Gomero-azul han saneado el aire”, escribe al hablar del “Gomero-azul de Tasmania o *Eucalyptus globulus*”. Sin embargo, a veces el poeta reclama todo el espacio de la cuartilla para sí, excluye por completo al naturalista. Es lo que ocurre con el texto más logrado del libro desde el punto de vista poético y, sin exageración, uno de los poemas más bellos y profundos de la poesía colombiana, hasta donde dan mis lecturas, por supuesto.

Hablo del que titula “La náyade montañesa”. Su forma es la de un relato presentado como anécdota personal, elección posiblemente involuntaria pero que escritores como Truman Capote convirtieron en recurso para conseguir en el lector la ilusión de leer algo de efectiva ocurrencia histórica, de suceso vivido por quien lo narra, en este caso el autor. Es una estrategia astuta que desarma el escepticismo lector y que es pan de todos los días en la mesa de la narrativa contemporánea. El tono es el utilizado en las leyendas, el acento el de la poesía íntima, el lenguaje tiene tanto de descripción como de narración, lo que contiene una factible aparición de dispersante oropel lírico —y la ubicación del autor en el mundo— raíz última del encanto —la de un candor sin mala conciencia, un desconocimiento soberano de la racionalidad para entregarse a los llamados del mito que alientan en lo profundo de la sangre. Eso en cuanto a la belleza. La profundidad nace de su vinculación con un ser arquetípico, con una entidad del inconsciente colectivo, con un ser del bosque primordial, de los ensueños del hombre del pensamiento mítico, que, en magnífico gesto de universalidad, se apropia Joaquín Antonio Uribe, libre del complejo común en nuestras latitudes de sentirse marginal a esas mitologías, prohibición cultural que desconoce con un ingrediente extra que aumenta el encanto de esa página inolvidable: situar la experiencia en nuestras montañas antioqueñas, “cerca del “Alto del Coco”.

Razón tuvieron Rafael Maya al incluir *Cuadros de la naturaleza* dentro de los libros de poesía en Colombia, las Ediciones Autores antioqueños en publicar la tercera edición y el ITM en hacer ahora la cuarta, como parte de la colección que presentamos.



Ual vez en otras latitudes suceda igual. Que llegados a cierta edad a muchos viejos les da por escribir sus recuerdos y buscar su publicación como libro. El impulso es al parecer tan fuerte que no pocos de ellos costean la edición o buscan el mecenazgo de un amigo o familiar. No vamos a ahondar en lo que otros han dicho sobre la diversidad de impulsos que pueden explicar esa necesidad del testimonio y la memoria cuando la muerte se ve como cosa ya no muy lejana. El muestrario, por supuesto, es variopinto en cuanto asuntos, alcances y calidad de escritura, lo que se explica obviamente por la particularidad que tiene cada vida —así se pertenezca a la misma época, región o ciudad, o se haya nacido en la misma clase social y aun en la misma familia—, y también por desigualdades en la formación y en el mayor o menor oficio previo en el ejercicio de escribir. Y aún hay más, como veremos.

De esta clase de libros los hay que hacen más hincapié en experiencias colectivas: rasgos de la vida de un pueblo, un barrio, una ciudad o un grupo de hombres cualquiera; y los hay que lo hacen más en lo que fue la vida personal. *La abuela cuenta*, de Sofía Ospina de Navarro, pertenece más al segundo grupo, y *Cosas viejas de la villa de la Candelaria*, de Lisandro Ochoa, e *Historia e historia de Medellín*, de Luis Latorre Mendoza, al primero.

Las damas primero. El libro de doña Sofía es un libro débil, descolorido, escrito cuando muchas fibras de su ser se habían aflojado y la escritura como afirmación de vida, como prolongación de ésta, como expansión de una sobreabundancia vital, era una ausencia. La lectura más superflua de un lector sagaz palpa, si no un desgano total —afirmarlo sería una exageración—, rota la fibra de la escritora inicial de cuentos a comienzos de los años veinte. Habría que hablar más bien de cansancio, de apagamiento del fuego que la llevó a escribir cuentos como: “Menos redes”, “Ascendiendo”, “Bombas y visitas”, “Conveniencias” y “¿Milagro?”, publicados en

Lectura breve, revista literaria de Medellín, fundada por Francisco Villa López en 1923 y en la cual aparecieron los narradores, dramaturgos y poetas, veteranos y jóvenes, que contaban en la villa de Medellín en aquel año, colaboraciones seguramente pedidas, cuya lista abren Tomás Carrasquilla, Francisco de Paula Rendón y Efe Gómez, y cierran los que entonces eran promesas: José Restrepo Jaramillo a la cabeza, la más cumplida, a pesar de haber vivido sólo cuarenta y nueve años. No son grandes cuentos, pero sí cuentos inteligentes, bien planteados y resueltos, sin digresiones sobrantes, y que ponen de presente que tenía talento y talante para la ficción narrativa, ojo para convocar las cosas, detalles y gestos que le otorgan persuasión de realidad a un relato.

Hay en ellos humor y crítica social —pero sin agresividad, en tono risueño—. Y dan cuenta de una virtud no despreciable: hablar de lo que se conoce: la Antioquia y el Medellín de entonces, de su barrio (La Playa), del mundo social al que pertenecía y de la vida de las mujeres de su clase social. De esos cinco cuentos, el que se titula “¿Milagro?” es magnífico en el manejo de la ironía, que lo es allí en su forma más fina, es decir, donde el relato se contiene en la sugerencia, salvándose del mal gusto que hubiera sido excederse en la estupenda malevolencia de la insinuación final con que se hace burla de una visión de la felicidad matrimonial rayana en el cretinismo. Pero doña Sofía dejó de escribir casi cuarenta años y lo que publicó después de tanto tiempo no fue narrativa sino un libro de buenas maneras. Cuando cuarenta y dos años después vuelve a la crónica, forma cercana a la ficción pura, muy poco de esa fuerza inicial sobrevivía. En la mujer de setenta y tres años sobrevive cierta gracia (otra palabra general, “gracia”, pero que es justa: designa por tradición algo así como solvencia narrativa, elegancia, don de contar, talento natural) pero no el aliento, no esas ganas de contar, ese solaz, ese disfrute de escribir que empuja a esos cuentos de 1923. *La abuela cuenta* es

un libro casero, escrito sin mucha ambición y, sobre todo, cansino. Insistimos en ésta última impresión porque de una existencia que ya era prolongada y de alguien notable en la ciudad durante décadas, que vivió y conoció muchas cosas de ésta, era de esperar algo más amplio y diverso —petición que no olvida la vida más limitada que se les imponía entonces a las mujeres— que lo que finalmente ofreció; esta noción se refuerza si comparamos su magro legado de reminiscencias con libros del género, escritos por personas también muy entradas en años pero que no por eso se quedan cortos en variedad de asuntos evocados ni sus episodios carecen de fuerza y despliegue.

Nuestro observación, sin embargo, no pretende despojar al libro de doña Sofía de todo valor. Capas del pasado de la ciudad no se perdieron del todo gracias a ella y su testimonio. Algo de puertas para afuera (alguna calle, personajes típicos, bailes, el globo de Domingo Guerrero, el de “Salvita”, escenas callejeras, salidas a montar a caballo, el teatro, modas); de puertas para adentro, otras (visitas, nacimientos, medicina casera, adornos y mobiliario, la lectura, la costura). Pero todo ello, ya lo dijimos, como de paso, recordando a vuela pluma. Sin embargo, en el último texto del libro, brota de pronto, y pleno, agudo, el diablo que la condujo a escribir sus viejos cuentos de mujer joven, sólo recordados de pronto por los lectores de su generación. “La última chaquira” salva el libro, lo justifica, por lo que tiene de testimonio sincero, de primera mano —tanto más conmovedor cuanto la denuncia de la situación vivida por la mujer entonces, no se desplaza en ningún momento de su tono sobrio, escueto, preciso. Se instala en el horizonte de los hechos y allí se mantiene hasta el final, sin caer, ni en una línea, en el discurso lastimero, en la lástima por sí misma y por sus compañeras de infortunio.

Para que el lector entendiera bien a lo que aludimos lo correcto sería reproducir aquí este texto de doña Sofía, pero eso no sería práctico. Pero sí queremos reproducir la anécdota

que trae a propósito de haber obtenido el segundo premio en un concurso de cuento promovido por la Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín en 1920: “Por eso cuando en el año de 1920, encontré en un órgano periodístico la noticia de que la Sociedad de Mejoras Públicas abría un concurso literario femenino, caí en la tentación de soltar de mis manos el tetero y tomar la pluma para escribir mi primer cuento. Un cuento corto que se llamó *¿Milagro?* y que alcanzó en dicho torneo un segundo premio. Pero que los lectores atribuyeron a mi padre, de quien ya conocían algunos, de estilo costumbrista, publicados por la revista *El Montañés* [...]. La desconfianza era tan natural que no alcanzó a ofenderme. Pero sí me incitó a la reincidencia”. Su padre fue el famoso hombre público Tulio Ospina, y el aparte que citamos basta para sugerir cuál era el estado de cosas que enfrentaba la mujer que intentaba algo distinto a ser ama de casa y lo conseguía, y también cuál era el temple de su hija, que, sirviéndose de un giro poético, alude a un momento histórico: aquel en que la mujer de clase alta en Medellín miró hacia el exterior por un postigo (“ojo mágico”) nunca antes detectado en medio de su narcotizante reclusión hogareña, y vieron lo que nunca: “Llegaron a pensar que en la sociedad había un lugar que las reclamaba; que las manifestaciones de la inteligencia no tenían por qué ser propiedad masculina; que a sus ocupaciones hogareñas debían mezclarse otras que levantaran un poco su nivel. Y fue entonces cuando salieron a la luz [...] Con los ojos un tanto encandilados y el paso vacilante, pero alegres y llenas de ilusiones”. La fibra que aquí se muestra desata en el lector la nostalgia porque no haya ocurrido así en todo el libro y lo hace lamentar ese largo silencio que le impusieron las circunstancias de nuestra cultura entonces. Pero no pasó en silencio, algo dejó y su testimonio es una capa —delgada, sí, pero única, constitutiva— de nuestro pasado de ciudad.

Luis Latorre Mendoza, en cambio, no tenía el pulso tan perdido cuando redactó su libro *Historia e historias de Medellín* (título coherente con lo que se lee en él), publicado en 1934. Aunque no pudimos encontrar su fecha de nacimiento en los diccionarios biográficos conocidos, ciertos episodios narrados por él mismo —datados en fechas cercanas a la década de 1880— permiten inferir que ya era un hombre, si no anciano, sí viejo cuando emprendió la redacción de su libro, una especie de cronicón o “Carnero” modernizado con hechos y gentes de fines del siglo XIX y comienzos del siguiente. Ya hemos visto cómo Latorre Mendoza no salió muy bien librado de la pluma implacable de Roberto Luis Jaramillo en el prólogo al libro del “Cojo” Benítez. Es acusado, y con fundamentos, de plagiar, intervenir y no confrontar a Benítez con base en documentos más confiables que el “Carnero” mismo. Pero debe aclararse, en beneficio de Latorre, que su libro no se limita al período abarcado por aquél, como lo aclara el subtítulo. De hecho la parte por la que es vapuleado por Jaramillo sólo ocupa un poco más de un tercio del libro. Y en este tercio hay que valorar que toca puntos que Benítez escamotea muy probablemente por intereses personales, según lo destaca Jaramillo, como muchos momentos del proceso de independencia de España. El resto, los dos tercios restantes, se divide en ocho apartes sobre otras tantas de las guerras civiles en nuestro país durante el siglo diecinueve, y en una miscelánea de historia menor de Medellín, y donde, como dice el dicho, “hay de todo como en botica”, y en lo que, por supuesto, está lo más apetecible para nuestro gusto lector, adherido más a la historia menor que al fasto de la Historia con mayúscula.

Lo que toca con las guerras civiles no es historia sistemática, ni mucho menos, pues no podría esperarse tal cosa del autor. No se trata de versiones de esas guerras con pretensiones de balances exhaustivos. Pero tienen el

mérito de detenerse en unos capítulos de la historia nacional que, como todo colombiano medianamente ilustrado sabe, fueron su materia fundamental, los elementos de su desastre, su endémica perennidad secular. De ellos aporta letra mayor y letra menuda, y de las dos cosas, anecdotario ante todo, eso que desprecian los historiadores de hoy, y con razón, pero que tanto les ha servido. La carta, la proclama, la orden de destierro, episodios militares, anécdotas de entre casa, biografías de figuras protagónicas de nuestra historia—incluyendo en muchas de ellas el aspecto físico, el carácter y anecdotario, y dentro de una deliciosa irreverencia, resultado de una novedosa actitud ante dichas figuras, acostumbradas al trato solemne de los manuales y las biografías oficiales. Ahora no es extraña la humanización de la irreverencia, pero a comienzos de la cuarta década del siglo XX los atrevimientos de Latorre Mendoza con nuestro santoral político y militar debieron estirar más de un semblante en rictus de desaprobación, pero con él más de un hombre público comenzó a dejar de ser estatua. Por mencionar sólo algunos: Gutiérrez González y Carlos E. Restrepo, entre los recordados, y Teodomiro Isaza, entre los olvidados, hacen parte de la lista de humanizados por la pluma de Latorre Mendoza, definitivamente más escritor que historiador.

Pero el plato principal viene a proporcionarlo la letra menuda, la historia menor, fragmentos de la estela que deja el múltiple fragor ciudadano. De esta inclinación por la anécdota ya ha dejado testimonio en las páginas anteriores, donde trae a cuento anécdotas de terceros (y para equilibrar las cosas en relación con la acusación de plagio de Benítez que le hacía Roberto Luis Jaramillo, hay que decir que en muchas ocasiones cita la fuente), en las que se recuperan apetitosos trozos de un pasado del que no fue testigo y que de no ser por él hubieran quedado en la sombra. Ya de la época en la que gravitó su vida nos habla, entre otros temas,

de personajes de la bohemia medellinense, de su vida musical y de otras diversiones, todo ello rociado por anécdotas deliciosas y de las que queremos dejar constancia de disfrute por la que tiene como escenario el barrio San Benito. Al igual que Uriel Ospina, Latorre Mendoza era de ese barrio. Por supuesto, lo conoció mejor que a cualquier otro y por lo menos casi sesenta años antes de que aquél comenzara a trasegarlo. Sus palabras confirman por eso los elogios de Ospina, pues obviamente vivió un San Benito más intacto, aunque en una fecha lejana para nosotros se queja ya de ciertos cambios: “[...] el barrio, como barrio, que primero existió en la villa, fue el de San Benito, que es lo más típico, lo más amable y colonial que ha tenido esta pseudo urbe. Estos caracteres los había venido conservando hasta hace poco tiempo, en que empezó a entrar por acá esto que llaman civilización en forma de ruidosos camiones, de fachadas de cemento y de mariquetes de labios enrojecidos”. El lector disfrutará con el episodio.

El libro de Luis Latorre Mendoza es también importante porque puede decirse que afianza una manera, un patrón, para escribir entre nosotros estos libros de recuerdos, cuyo primer paso había sido dado por Eladio Gónima en 1909 con su *Apuntes para la historia del teatro de Medellín y vejeces* (libro publicado por un hijo del autor cinco años después de la muerte de éste). Y el patrón es muy sencillo: sin más orden en la sucesión de los episodios que la arbitrariedad con que los recuerdos tocan la puerta de la memoria del hombre viejo que se dispone a dejar testimonio de su vida cuando ya ve no muy lejano el momento de “emprender el gran viaje”, como lo dice el mismo Latorre Mendoza.

En el momento de escribirlo, Latorre Mendoza está en posesión de todas sus facultades. Aliento, pulso, humor, prosa narrativa durante páginas, conocimiento del presente de la ciudad, curiosidad por su pasado, presencia de fuentes

bibliográficas previas, lapso abarcado y amplitud temática, caracterizan el libro y explican su prolongada vigencia —razón de esta tercera edición, a setenta años de la primera y treinta y dos de la segunda— en las manos de los curiosos del pasado de Medellín y en las de los cronistas que han prolongado su labor, hacer memoria no sólo de sus vidas sino de la vida de la ciudad.



Uno de esos émulos fue Lisandro Ochoa con su *Cosas viejas de la villa de la Candelaria*, que cuenta también con dos ediciones previas: la príncipe, en 1949 (un año después de fallecido su autor, quien alcanzó a ver iniciada la impresión), salida de los talleres de la Escuela Tipográfica Salesiana; la segunda, en 1984, como volumen ocho de la colección Autores Antioqueños. Don Lisandro comenzó a escribir sus recuerdos ya viejo, por supuesto. Tenía setenta y cinco años cuando inició la tarea en forma de artículos que fueron publicados en los periódicos *El Colombiano* y *La Defensa* entre 1942 y diciembre de 1948, un mes después de su fallecimiento.

Lisandro Ochoa fue un comerciante próspero. Pero había en él algo más que eso, no era un simple hombre de mostrador, preocupado sólo por sus ganancias. Su ciudad le importaba. Participó en política, fue concejal, ciudadano activo en obras de beneficio y embellecimiento públicos, filántropo y curioso de todos los lugares y aspectos de la vida de la ciudad, desde los más encopetados hasta los más populares. Su papel en el comercio, la industria, la política y el desarrollo urbano, le dio un conocimiento amplio y de

primera mano sobre la ciudad, y lo condujo a entrar en relación con muchas y diversas personas a lo largo de su vida. Lo que sumado a su vocación de mirón —mezcla de curiosidad natural y del ojo avizor del comerciante alerta para estar ahí “cuando salte la liebre” de la oportunidad— lo fue aprovisionando también de una experiencia física vasta de lo que era Medellín en su centro, pero también en sus suburbios, incluyendo clubes y chicherías, cafés y hoteles, iglesias y librerías, industria de cerveza e industria del zapato, alumbrado antiguo y baños públicos, bancos y talabarterías. Exagerando sólo un poco podría decirse que tan diversa como era la vida de Medellín fue la del autor y su libro expresa ese rostro múltiple. Tratándose de un hombre como él, sus memorias no podían ser estrechamente personales sino que se confundían o, mejor, fundían con la memoria de la ciudad. No se trata, pues, de unas memorias con olor a paciente consulta de archivos de todo tipo sino de esculcar la memoria personal. La minucia que engalana cada uno de los textos que componen el libro lo hermana con ese otro mirón y averigüetas que fue el autor de *Medellín hace sesenta años*, libro del que ya hablamos. Cualquier página abierta al azar demuestra lo que decimos: “Eduardo y Julián Vásquez J.: Poco más o menos en los años de 1881 al 82 establecieron estos señores un magnífico almacén. Ocuparon local propio en el cruce de la calle Colombia y la carrera Palacé, en la parte alta del edificio. Lo administraba don Julián, persona muy competente, de grandes capacidades y energías para el trabajo. A la muerte de éste siguió desempeñando el cargo don Eduardo, que hasta entonces sólo se dedicaba al manejo de sus fincas. Como tuve la suerte de ser en mi juventud dependiente de dichos señores, recuerdo muchos datos este almacén”. Pero los detalles no merman porque el autor no haya tenido vínculos como los que tuvo con el almacén de estos dos antiguos comerciantes: “Almacén Americano: Después de

establecido el Británico, la Droguería Antioqueña estableció otra ferretería con el nombre de Almacén Americano. Fue su administrador el señor Ricardo Escobar U., quien más tarde estableció el “Vulcano” por su cuenta, en el crucero de Ayacucho con la carrera Bolívar. Es de advertir que en tiempos anteriores a la fundación del Almacén Americano, había existido otro con el mismo nombre y en el mismo lugar, establecido por el señor Eliseo García”. Había que tener los ojos y los oídos abiertos durante décadas para poder hablar con tanto detalle de nombres y lugares de lo que fueron los avatares de una esquina y un negocio de la ciudad.

Pero como lo insinuamos líneas atrás, lo que más llama la atención en este libro de Lisandro Ochoa es que la abundancia mana por igual si se trata de aquello a lo que dedicó su vida de manera fundamental, el comercio, como de cualquier otro asunto de tejas para abajo en la vida de una ciudad. Don Lisandro no despreciaba ninguna capa de la vida de Medellín. Perspectiva que fue una fortuna porque ese “no hacerle el gesto” a los rincones humildes, siendo él una persona proveniente de una familia prestigiosa y habiendo llegado a ser una notabilidad por su propio trabajo de una vida, salvó del olvido tanto los orígenes de firmas comerciales prestigiosas, transitorias o perdurables, y algo como una simple chichería; al prohombre y al carpintero; al sastre y al músico de rompe y rasga en los suburbios, cuya estela de ingenio repentista también es parte nuestra. Por eso tiene palabras que indican frecuentación de cafés elegantes, donde se vendía rancho importado y buenos vinos y licores extranjeros, como “La Puerta del Sol” (existente ya a comienzos del último tercio del siglo XIX), pero también pulperías (y yo que creía que estos lugares sólo habían sido designados así en Argentina): “Dichos licores se colocaban en el extremo del mostrador, detrás de una reja de madera; los vasos y copas se colocaban en un charol, después de

haberles hecho el simulacro del lavado en una ponchera a la que apenas se le cambiaba el agua cuando ya estaba bastante espesa de residuos de licores; la secada de los trastos se hacía con una toalla que no pecaba por su limpieza”. Su curiosidad, como dijimos, no ignoró ni aun establecimientos de tan bajo rango como las “chicherías”, y aunque da entender que no consumió de “aquello”, las siguientes palabras no dejan duda que estuvo en ellas: “Antes del año de 1877 no se conocían chicherías en la ciudad; tan sólo se tomaba la chicha dulce, que vendían en las pulperías, conservada en vasija de barro; en un extremo del mostrador lucía la roja tinaja, tapada con un plato y encima de éste un vaso que los parroquianos usaban frecuentemente, cuando llegaban ansiosos a beberla. Con sus propias manos, sin necesidad de cantinero, levantaban el plato y con el vaso gustaban de la dulce toma, fabricada de panela, agua y harina de maíz fermentada”.

Con una abundancia de detalles no inferior son tocados todos y cada uno de los temas: el alumbrado público, desde las velas de sebo hasta la luz eléctrica, pasando por las farolas de petróleo; la toponimia urbana, uno de los apartes de lectura que más desata evocaciones y suposiciones del pasado; las boticas y droguerías, epicentros de tertulias literarias y políticas, fuentes de rico anecdotario picaresco, político e intelectual, algo de lo cual nos lo cuenta gustoso el autor; los sastres, las panaderías, los cafés y un prolongado etcétera, reciben idéntico tratamiento de información que fluye con generosidad. A propósito de esto, es curioso el contraste entre el ya señalado corto vuelo de las crónicas de doña Sofía Ospina y el vigor de este libro de Lisandro Ochoa, quien también era una persona vieja cuando emprendió su redacción (75 años, prácticamente la misma edad que tenía aquélla cuando publicó *La abuela cuenta*). La segunda curiosidad que queremos anotar es de mayor importancia. Llama mucho la atención —y es un tema para

nuestra sociología literaria, que no despega— que en todos estos cronistas se encuentre información sobre muchas cosas de la vida ciudadana que los novelistas callaron. Lisandro Ochoa era sólo nueve años más joven que Carrasquilla y doce que Rendón, y aunque su prosa, por supuesto, no puede siquiera querer medirse con la de éstos, su libro entrega mucho dato sobre Medellín que sería una pérdida de tiempo buscarlo en nuestra pareja de novelistas y en otros que ambientaron sus cuentos y novelas en la época que cubre el Medellín de que nos habla Ochoa. Consideramos que en relación con lo que acabamos de anotar radica una problemática interesante de nuestra literatura, porque somos de la opinión que el fenómeno se sigue presentando: los cronistas siguen siendo entre nosotros más democráticos y ambiciosos para abarcar la vida de la ciudad.



Para nos desligarnos del todo de nuestra afirmación inmediatamente anterior, recordemos, para continuar con otro libro de esta colección BIBLIOTECA BÁSICA DE MEDELLÍN, que sobre el barrio que sin ninguna duda ha llovido más tinta, es Guayaquil. Recordemos también que raro asunto sería señalar un escritor de ficciones o un cronista antioqueños nacidos antes de 1955, que no se hayan “tomado sus vidrios” alguna noche en ese barrio. Sería una equivocación afirmar que el barrio Guayaquil no figura en cuentos y novelas escritos por antioqueños. Manuel Mejía Vallejo centró allí su novela *Aire de tango*, para citar el caso más destacado en cuanto a paginaje dedicado al lugar. Y se

puede rastrear la presencia del barrio en textos de Abelardo Ventura, Mario Escobar Velásquez, Tartarín Moreira, Gonzalo Arango, etc. Pero también sería erróneo negar que en este tema los cronistas le llevan la delantera a los autores de ficción, en los viejos tiempos y también en los que corren. Desde crónicas breves hasta libros como *Guayaquil por dentro* y el que ahora nos ocupa, *Guayaquil una ciudad dentro de otra*, editado por Alberto Upegui Benítez en el año 1957, y cuya segunda edición es la que se incluye en esta colección del Instituto Tecnológico Metropolitano. Y a pesar de que la primera parte reproduce una buena porción de *Historia e historias de Medellín*, de Latorre Mendoza, y lo de Lisandro Ochoa relativo a los nombres antiguos de las calles de Medellín, Upegui Benítez cumple en su libro lo que promete el título, pues se trata de un agrupamiento de textos de diferentes autores y cuyo tema central es el barrio Guayaquil de la ciudad de Medellín, diversidad de miradas que suman un muestrario muy representativo de un barrio que ocupa lugar sobresaliente en la crónica de la ciudad y fue y es memoria de delincuentes y amas de casa, negociantes y prostitutas, culebreros y cuchilleros, tahures y puesteros de plaza de mercado, campesinos que llegaban a la ciudad por primera vez y periodistas, músicos y políticos, es decir, la fauna completa, como lo leímos ya inmejorablemente definida por Uriel Ospina. Plaza de mercado, estación del ferrocarril, pensiones, cantinas, almacenes y antros de toda clase, lo hicieron durante muchos años el corazón indomable de la ciudad de tal manera que, a pesar de los ríos de tinta que llovieron sobre su exuberante acontecer, mucho se quedó definitivamente en el silencio de los tinteros. Por eso lo primero que hay que agradecerle a Upegui Benítez es la iniciativa misma del libro, la voluntad de salvar del olvido ese múltiple fragor, cada vez más inaudible en la memoria.

El editor, en el artículo que le da título al libro, acierta con este magnífico primer trazo, que, a quienes alcanzamos a

conocer Guayaquil, nos deposita en el centro del barrio: “La mayoría de comerciantes del barrio de Guayaquil se quedan años enteros sin venir (sic) al centro, sin visitar los cafés ni pasearse por los parques. ¿Por qué? Porque Guayaquil es una ciudad dentro de otra. Tiene su propio ritmo, su acelerada personalidad independiente y la manera de suplir todas las necesidades posibles. Ese sector, de unas pocas manzanas, el más poderoso económicamente de Antioquia —para su solo servicio tiene diez entidades bancarias— es como un remolino dentro de la corriente de la raza, en donde la vida adquiere una reciedumbre, una efervescencia, una furia explosiva desconcertantes”. El texto, muy breve, de escasas cuatro páginas, trae dos subtítulos decisivos, agarradores: “La apariencia multicolor” y “Los contratos en papelitos”. El primero agrega unos cuantos nombres a los que ya hemos registrado en estas páginas como los tipos sociales que “luchaban a brazo partido” por afirmarse en el espacio de esas pocas manzanas alborotadoras y donde la noche, a diferencia del resto de la ciudad, no equivalía a reposo. El segundo narra la forma descomplicada como se hacían negocios allí, en una mesa de cantina o sobre el mostrador de un almacén de abarrotes, sin abogados ni notarías de por medio, sólo la palabra y esos “papelitos”: “Una destrozada cajetilla de cigarrillos, un trozo de cartulina de envolver, un pedazo de bolsa de empaque [...]. Son unos papelitos muy simpáticos de los que todos los comerciantes tienen varios en su billetera y en el escritorio”. Según afirma el cronista fue allí también donde nació para reinar, el “vale”, esa garantía sin sombra de duda para quien otorgaba un crédito en dinero o especie.

Y aunque no aparece la firma del editor respaldándolos, también deben pertenecerle la noticia sobre el surgimiento del barrio (“Cómo se formó Guayaquil”), “en torno a la plaza de mercado”, terrenos de Coriolano Amador; la estupenda semblanza sobre los hoy legendarios culebreros (“estupenda”

porque se reproduce, con mucho dominio, la parla típica de aquellos hombres atípicos, estrafalarios y divertidos, y que tituló con desacierto “El vendedor ambulante guayaquintero”) y la crónica titulada “Los viejos matones guayaquinteros”, una muy buena entrevista con un sobreviviente de los guapos legendarios del barrio, duelistas impenitentes, “nada que ver”, como diría un argentino, con el sicario, pues aquellos hombres se enfrentaban al rival por lo regular en condiciones de igualdad. La entrevista demuestra, al igual que en la recreada parla del culebrero, que Upegui Benítez tenía oído de novelista, atento para reproducir el matiz coloquial, y agudo y ágil en la acotación que acompaña el cuasi soliloquio del entrevistado. Borges hubiera disfrutado “la mar” con la remembranza de esos duelos, esos lugares y esos nombres. Le habrían evocado las barriadas de avería de su Buenos Aires, del Sur porteño, de ése tan vivo en su famosa “Milonga de dos hermanos”. Aquí también tuvimos nuestros guapos, nuestros orilleros, sólo que fueron menospreciados erróneamente por nuestros narradores y poetas, y tampoco se disponía de un género musical como el tango, que los incorporara gustoso, pues ya bien entrado el siglo veinte nuestros músicos seguían empeñados en evocar campesinas de trenzas, falda negra y blusa blanca, sólo existentes en los bambucos y contemporáneamente en los desfiles de disfraces de la Feria de las Flores. Con la siguiente afirmación cometemos con toda conciencia un atrevimiento que muchos no nos perdonarán: creemos que *Aire de tango*, la novela de Manuel Mejía Vallejo sobre Guayaquil, habría ganado mucho en poder de persuasión si hubiera sido menos una elucubración literaria, como creemos que lo es, y más un relato impregnado, por lo menos en su fase de investigación, de testimonios como éste que el indio Julio Restrepo le rindió al editor, en medio de una buena cantidad de aguardientes. Nombres de calles desaparecidas, de cafés idem, de guapos muertos, de guapos con nombre propio y de sus peleas, casi siempre gratuitas,

absurdas, pasaron de la memoria de Restrepo a la libreta de Upegui, una tarde o una noche de 1957, en pleno Guayaquil, pero en ese tiempo Manuel Mejía Vallejo, me parece, estaba en Centroamérica.

Los textos restantes que completan el fresco —hasta donde es posible afirmar esto de un barrio donde cada día era un inagotable big bang de la vida— son desiguales en el caudal de información que arriman y en la textura de la prosa, verdad de Perogrullo, tratándose de distintos cronistas. Algunos, como el de León Zafir, tienen la particularidad de centrarse en un aspecto, la plaza de mercado, en este caso, aunque este aparte es uno de los más flojos del libro. No logra el humor que pretende con los diálogos entre diferentes vendedoras y compradores. Arnulfo Araque lo hace mejor en “La vida nocturna de Guayaquil”, no sólo porque abarca más bajo las sugestivas marquesinas de sus subtítulos (“Dimensión de la noche”, “Preludios”, “El habitante”, “Moda para Guayaquil”, “La misma historia de amor”, “¡Navíos a la vista!”, “Ex hombres” y “El alba por fin”), sino porque el estilo desde el que lo hace armoniza la voluntad de detalle que lo impulsa, por ejemplo, al presentarnos una acuarela del Guayaquil de los comienzos (“fue en otra época un barrio de casas pobres y chatas, extendido alrededor de la plaza, hoy de Cisneros, y a la vera de callejuelas estrechas y pantanosas”; fragmentos de diálogos a la lumbre de un negocio, de una muerte, pletóricos de acento local; la vestimenta de un malevo, armoniza estos detalles, decimos, con el envolvente poder de síntesis de la imagen elíptica, aquella que en un trazo general patentiza desde la síntesis el rostro individual de múltiples cosas, seres o momentos (“Alrededor de las 8 p.m. pasan los carros del aseo. El agua, a borbotones, riega las calles y arrastra los detritus, los residuos del día. La luz multicolor de los neones baja, entonces, al espejo del piso corruscante, riente, a ejercitar su inofensiva piratería subacuática [...] ante la otra algarabía del día guayaquilero

que ha comenzado a rendirse, a dejarse impregnar de la noche, que no quiere trabajar ni preocuparse sino alegrar la vida y, además, explotar”; “Llegamos por último al Guayaquil que dormita. Al Guayaquil del hombre sin vino, sin alero y sin pan. Al Guayaquil promiscuo, lisiado y sin edad de las madres echadas, con sus dolores famélicos en el duro concreto de las aceras; de los niños haraposos y envejecidos, caídos, no saben cómo ni cuándo, en la vorágine de la ciudad. Ellos son los primeros que llegan a su lecho de papel periódico [...] su sueño está asaltado por huidas entre callejones sin salida, como reproduciendo su incesante vivir de ladronzuelo, de rata sabia y astuta, que tiene que robar porque no tuvo otra oportunidad”).

De los cuatro cuentos incluidos, sólo uno de los dos de Óscar Hernández, “En Guayaquil muere la noche”, se desarrolla en ese barrio de una manera convincente. En el otro, “Bohemia”, tal presencia no pasa de ser un nombre, invocado de paso, pues la anécdota no tiene nada que ver con la vida del barrio. Cualquier otro barrio de la ciudad le pudo haber servido para el efecto. Pero el primero de los mencionados se desarrolla en una pensión prostibularia, uno de los espacios más representativos, como se sabe, de Guayaquil. Con una crudeza que lo enaltece como escritor no dado a escamotear realidades, Hernández inventa una historia con una acumulación de detalles descarnados tan verosímiles y coherentes con los extremos de vida que tenían su espacio allí, sus infiernos, que necesariamente caemos en la ilusión de lo efectivamente ocurrido mientras leemos, pérdida de distancia que siempre es la mejor muestra de la eficacia de un relato.

Lo que sigue, una entrevista de la redacción a un comerciante, parece puesto allí para confirmarnos en la impresión de que el libro está hecho de altibajos. Un texto bueno es seguido por uno no tan bueno o flojo. Las “respuestas” de Misael Londoño fueron retocadas por el

redactor hasta despojarlas de todo matiz individual, de todo carácter. El lenguaje es muy “literario”, de escritor, no de comerciante. Aporta datos sobre transformaciones urbanísticas, nombres de comerciantes famosos, calles con más abundancia de almacenes de abarrotes y conductas comerciales.

Cierran el libro ocho artículos de muy desigual valor, alguno de los cuales, como en el caso de Araque, revela un narrador posible pero que no llegó a serlo: “Los periquitos de Guayaquil, de Raúl Fernández; “Guayaquil: tipas y tipos típicos, de Emilio Bedoya; “Pathé recordatorio de Guayaquil”, de Gilberto Gallego; “Mosaico guayaquintero de ayer y de hoy”, firmado por Juan Rojo; “Guayaquil: puerto polimorfo”, de Germán Isaza Gómez; dos reportajes brevísimos a cacharrereros del sector, hechos por “K. Margo” y una semblanza de “Masato”, personaje popularísimo del sector, y que aparece sin firma.

El primero, luego de una introducción donde se compara a Guayaquil con un puerto (“Alguien dijo que este barrio antioqueño era lo que más se parecía a un puerto. Pero esta frase se quedó corta ante la realidad de Guayaquil. Quien viaje por estas calles de Dios (y del Diablo) piensa de inmediato que en la próxima esquina se encontrará de golpe un amplio mar, lleno de barcas oliendo a pescado y de marineros que se emborrachan y maldicen. Precisamente lo que hace que Guayaquil sea casi un puerto adonde el agua no ha podido llegar, es el ron, el grito estridente, la maldición gruesa y repetida, la palabra obscena[...]”, leemos unos brevísimos cuadros, más narrativos que descriptivos, con base en diálogos rápidos, a la manera de una buena escritura teatral, donde volvemos a ver al hombre del periquito de la buena suerte, al vendedor de novenas y al de peinetas. Emilio Bedoya, por su parte, nos reitera el recuerdo de “La callejera” (su recuento del horario, actividades y esquinas preferidas de las mujeres “de vida airada” es tan preciso que no deja dudas sobre el buen amigo que tuvieron éstas en el autor), la

vendedora de huevos (el diálogo en esta parte, lleno de procacidades y frases de doble sentido, es una muestra breve pero representativa de la más auténtica picaresca paisa), “El toquero” (una pieza narrativa de una solvencia no inferior a la que podría ofrecer cualquiera de los novelistas y cuentistas reconocidos de entonces, en la que se representa en acción al ladrón que practicaba lo que se llamó luego “paquete chileno”), el fotógrafo callejero, el carterista y el apostador vicioso. Tipos que, como lo hemos visto, se habían saltado los cronistas anteriores, excepto, claro, “La callejera”. Gilberto Gallego relata anécdotas de tipo autobiográfico sobre cine (con remembranzas de nombres de teatros, actores y películas), pregones, prostitución (en el Carré), puñaladas (“Fue hace años, frente al café Árabe”) y tertulias (cuyo título es una delicia de atrevimiento: “Freud comiendo empanadas”), una tertulia, para ser más exacto, compuesta por diletantes del psicoanálisis que se entregaban, entre empanadas y café con leche, a especulaciones seudo freudianas en los altos del café “La Cita” en el ya remoto año de 1937.

El siguiente artículo, “Mosaico guayaquileño de ayer y de hoy”, apenas si merece una ojeada, pues se trata de un escrito zurcido en esa lamentable veta del humor paisa que son las exageraciones, un humor envejecido que hoy no le arranca una sonrisa a nadie. Anécdotas sobre hoteles, tenduchas, circulación de noticias en el barrio, médicos y ladronzuelos. Tampoco merece mucho detenimiento lo que escribió Germán Isaza Gómez, salvo por lo que dice de él mismo, de su índole moralista, pues no oculta para nada su condena y hasta asco por el barrio. Claro que en su rechazo sugiere con mucha fuerza ciertos rincones de lo sórdido que, por supuesto, existieron. Su limitación consiste en no ver lo otro, la tremenda y multifacética vitalidad que trepidaba en esas calles. Lo que no deja de producir una sonrisa en el lector es que su rictus de rechazo es tan pormenorizado e insistente en ciertos puntos,

que transparenta su origen: un buen conocimiento, una frecuentación.

Finalmente, los reportajes a los dos cacharrereros, a pesar de lo pobres (los reportajes, no los cacharrereros, que eran de los platudos), tienen el interés de ilustrar con cierto detalle —anécdotas, nombres, precios, lugares, lo que se vendía en esos almacenes tipo arca de Noé— cómo sus gestores se fueron haciendo a una fortuna modesta luego de unos comienzos, sin exageración alguna, paupérrimos. Como la cacharrería “La Campana” se ancló en la memoria de la ciudad porque, además de su prolongada permanencia como vanguardia comercial de cacharros, se convirtió también en un centro editorial muy sui géneris (sus folletos se hicieron legendarios, tanto los cancioneros como los que incluían poetas de primera fila y también de penúltima y última, sin despreciar los versificadores populares de acontecimientos que eran noticia, como un crimen famoso, el triunfo deportivo de un ídolo paisa, una hazaña espacial, un invento cualquiera, un chisme internacional), los datos sobre su origen son de utilidad para los curiosos e interesados en investigar estas facetas de nuestra historia económica. La página final se le dedica a la memoria de “Masato”, vate popular, vendedor de sirope, de figura estrambótica (“Era un verdadero monte de carne que filosofaba. Era muy parecido a un marrano, en la redondez del vientre prepotente, en las curvas de sus inmensas caderas, en sus mejillas mofletudas y, sobre todo, en los belfos gigantescos de su boca pantagruélica) y habla vivaz y excéntrica”).

En resumidas cuentas, el libro se parece a lo que era el barrio, polifacético, bronco, intenso, caótico, asiento de todos los extremos de la experiencia humana, un muestrario de humanidad hirviente de vida, un universo. En este sentido fue un acierto que el texto no se debiera a una sola pluma: difícil cosa que una sola mirada, una lectura única, recogiera o expresara su ser polimorfo. Guayaquil era un prisma de

muchas caras y el libro es eso, un poliedro cuyas superficies pueden diferir en brillo pero donde no hay una sola que no sea trasunto de aquel barro ciudadano. Y fue así porque, por decirlo de esta manera, el libro fue hecho en caliente, cuando todavía el barrio estaba vivo, cuando no era lo que es desde hace unas décadas para acá: un tema de investigadores, dramaturgos, coreógrafos, fotógrafos, narradores y otros nostálgicos (incluyendo los que van a beber al café “El Perro Negro”, hoy, cuando esto no implica riesgo alguno).

Las fotografías que trae el original son pocas pero muy interesantes como testimonio de lugares, trajes y escenas. Lastimosamente el papel y la impresión fueron pésimos, aunque no tanto como las caricaturas, cuyo “humor”, por reconocerle al menos la intención, produce una sensación de distancia, casi de extrañeza, semejante a esas sonrisas forzadas que regalamos esquivamente al aire en las piñatas, como respuesta cortés a los esfuerzos de un payaso. Este escriba piensa, después de un cuarto de siglo de experiencia bibliotecaria, que una de las cosas que más envejece es el humor.



En el año 1916 aparecen las primeras guías turísticas sobre Medellín. Una, de Ricardo Olano, de Germán de Hoyos, la otra. El interés de ofrecer al hombre de negocios, al inversionista y al turista una información sobre la ciudad, era resultado del desarrollo de ésta, de su incipiente pero firme impulso económico, urbano y social. La industria textil había despegado ya en firme. Empresas como “Compañía

Antioqueña de Tejidos”, “Compañía de Tejidos de Medellín”, “Compañía Colombiana de Tejidos” (Coltejer) y “Tejidos Rosellón”, llevaban ya algunos años de funcionamiento y pronto nacerían otras como “Fabricato”; pero existían también embriones firmes de la industria cervecera y de gaseosas, la “Fábrica Nacional de Confites y Galletas Noel”, trilladoras de café, talleres de fundición, industria del calzado, etc. Nuevos barrios habían surgido o crecido en las dos bandas del río Medellín; diversos y sobre todo importantes centros de enseñanza primaria, secundaria, profesional y técnica fueron fundados en los años inmediatamente anteriores a ese 1916 y la Sociedad de Mejoras Públicas había emprendido obras como el Bosque de la Independencia, la siembra de árboles en la avenida La Playa, la fundación de la revista *Progreso* —órgano de la SMP— y la fundación de las Escuelas de Música y Pintura, “núcleo gestor del Instituto de Bellas Artes”. Todo esto insinúa lo que suele llamarse “paso de aldea a ciudad”. No otra cosa explica la iniciativa de publicar guías turísticas sobre la ciudad: respondían a una necesidad real, resultado de transformaciones en muchos órdenes de su cuerpo social. Por ser expresión de esos cambios en una etapa significativa en la historia de Medellín, la Colección BIBLIOTECA BÁSICA DE MEDELLÍN ha decidido incluir la mejor de esas dos guías: la de Germán de Hoyos.

Luego de la acostumbrada y muy sucinta noticia histórica sobre los orígenes de Medellín y de datos sumarios sobre el clima y la población, se entra de lleno en la reseña de parques, templos, comunidades religiosas, establecimientos de beneficencia (16), centros de enseñanza, academias, sociedades, edificios oficiales, breve pero muy completa e ilustrativa monografía del Ferrocarril de Antioquia, carreras, calles, puentes, correos, plaza de mercado, revistas y periódicos, clubes sociales, bancos y dos directorios, uno industrial y otro profesional (al respecto, y como anécdota

curiosa que indica que en diez años otros eran los aires de la ciudad, no podemos dejar de registrar la desaparición del simpático directorio de oficios del *Directorio General de Medellín del año 1906*, donde tuvieron cabida hasta las parteras, pasando por los albañiles y los restantes oficios artesanales).

Pero esta reseña sería incompleta si no nos refiriéramos a los avisos que tachonan la guía. Son en sí mismos un capítulo importantísimo disperso por todo el texto. Su diversidad es la que palpita en el total enjambre ciudadano y su lectura una deliciosa intromisión en ciertos pliegues de la recursiva alma vendedora del paisa. No hay duda de que el conjunto suma una radiografía del desarrollo industrial, moda, hotelería, transporte, diversiones, droguerías, colonias extranjeras, fotógrafos, almacenes de paños y telas importadas, comisionistas, representantes de firmas extranjeras, artículos de consumo diario y de lujo, relojerías, ebanisterías, periódicos, librerías, sastrerías, peluquerías, cacharrerías, bancos y un etcétera largo, muy largo, incluyendo los entonces muy imprescindibles fósforos, que don Ricardo Olano ofrece cada cierto número de páginas en un pequeño recuadro.

Fuente, pues, apetecible para el curioso, el historiador de diferentes campos —incluyendo el turismo—, el escritor, el cineasta y el rastreador de curiosidades. Todo un botín para ellos, incluyendo las escasas pero interesantes fotografías y la estupenda caricatura de Rendón que ilustra la cubierta. Y que conste que fueron muchos los *llegados* y pocos los escogidos, como se deduce de la siguiente advertencia final: “Antes de terminar rogamos a los lectores tengan en cuenta las muchas dificultades, las informaciones poco escrupulosas, la imposibilidad de complacer a todos, los sinsabores y contratiempos con los cuales se tropieza al emprender y terminar una obra como la presente, sin más elementos que una buena voluntad y la firme determinación de llevar a cabo lo acometido”. Es de advertir también que sólo figuran en los

directorios las personas establecidas en negocios, profesiones, industrias o en alguna ocupación independiente. Creemos sería muy perjudicial, tanto para esta empresa como para nuestros lectores, llenar este libro de direcciones que, aun cuando fueran correctas a tiempo de imprimirse esta obra, seguramente serían inútiles en su gran mayoría, a los dos o tres meses de publicada, por la inestabilidad de sus residencias”. En otras palabras, “se cortó por lo sano” la admisión a esta Arca de Noé, pues no todos cabían en ella. Lo otro, para la imaginación; es decir, la ebullición urbana era de mayores dimensiones. Se podría afirmar, quizá siendo un poco injusto, que este es el directorio del Medellín establecido. El que aún pujaba por su lugar quedó por fuera, a la espera de que el siguiente directorio lo cogiera en mejores condiciones, dueño de su local, “establecido”.



La *Geografía General del Estado de Antioquia en Colombia*, de Manuel Uribe Ángel, es un monumento y una hazaña. Y su significado cultural para los antioqueños es equivalente al cumplido por la antología literaria de Juan José Molina: porque es también un libro fundador de la identidad antioqueña. Delimitar con amor y rigor el espacio de la heredad, nombrarlo, medirlo y describir sus particularidades físicas, es refrendar un hecho histórico: reconocer el espacio en el cual se forjó un pueblo, el lugar de la tierra del que hizo ámbito donde nacieron y se consolidaron sus rasgos culturales diferenciadores, reconocidos así en el país. Resultado y causa a la vez de esa conciencia de sí, esta obra es un momento

culminante de ese proceso de reconocerse a sí mismo del país antioqueño.

Dijimos “monumento” y “hazaña” (y no queremos contenernos de agregar en este momento que a más de cien años de su publicación, con todos los recursos tecnológicos que tienen hoy nuestros geógrafos, su libro no ha sido superado y ni siquiera igualado) y vamos a decir por qué. A su regreso al país en 1854, luego de un viaje de siete años por Estados Unidos y distintos países de Latinoamérica y Europa, conoció los estudios geográficos que no hacía mucho habían publicado Tyrell Moore, Carlos Segismundo de Greiff y Agustín Codazzi, quien reconoció, según nos lo precisa Roberto Luis Jaramillo, en el prólogo, haberse aprovechado de los trabajos de aquéllos. Encontró, pues, un camino abierto. Y para su trabajo aprovechó no sólo lo que columbró de lo hecho por estos precursores sino todo lo que pudo obtener de otras fuentes: “Consultó una amplia bibliografía general y particular: abarcó desde los cronistas coloniales hasta los más recientes trabajos geográficos, pasando por los historiadores, viajeros, genealogistas, por trabajos científicos y memorias oficiales [...] alguna documentación archivística y, sobre todo, de entrevistas, comentarios y correspondencia que tenía con amistades de los pueblos de Antioquia”. El resto, es decir, la casi totalidad de su libro, fue levantado a puro pulso, por observación directa (lo que es percibido en la lectura por la precisión tan vívida de muchas descripciones, no sólo porque lo afirme el prologuista) o, en palabras más precisas, a lomo de mula y caballo, a pie, en canoas, subiendo y bajando por nuestras interminables montañas, soportando climas extremos, teodolito y otros instrumentos en mano, y —detalle a no olvidar— agotando sólo su propio bolsillo, en una labor que le tomó necesariamente años, tratándose de un territorio tan extenso a describir físicamente y de las dificultades de transporte entonces. Por eso hablamos de “hazaña”. De “monumento” por lo abarcado, lo mismo que por el rigor del

resultado, a pesar de la modestia con que el autor evalúa su labor en la “Advertencia” donde presenta su libro al lector científico y profano.

Tal “Advertencia” es una especie de reseña sumaria, pertinente pero en exceso modesta para la montaña de información acopiada, mucha de ella, como anotamos, obtenida a punto de nivel de mano y teodolito. Citemos sólo unas frases de su declaración autocrítica: “cuando hablo de montañas, no doy la medida de sus bases, no aprecio matemáticamente sus dimensiones, no describo como ingeniero ni su curso ni sus curvas, no señalo las distancias que recorren, ni apunto con precisión sus diversas elevaciones sobre el nivel del mar; cuando hablo de corrientes de agua, ni doy su exacta longitud, ni su profundidad media, ni la cantidad relativa de su caudal, ni la velocidad de sus corrientes”. Y la lista de otros “ni” continúa con la geología, la botánica, la mineralogía, etc. Leamos entonces qué sí hace a propósito de la Orografía: “Esta parte de la cordillera central colombiana, estudiada desde el páramo de Ruiz hasta su terminación en las orillas del Nare, presenta numerosas cordilleras secundarias e uno y otro de sus flancos. Hacia el oriente hay dos que podemos mirar como de mayor importancia: la primera entre los cursos de los ríos Miel y Timaná del sur, y la segunda entre el Samaná del sur y el del norte, ramales que acaban, aquél en las vegas del Timaná y La Miel, y éste en las del Magdalena, después de formar los elevados cerros de La Paja, San Vicente, Narciso, Los Paramitos, Dulcenombre [...] La parte de esta misma cordillera central que al arrancar de Pantanillo hemos seguido hasta Remedios, o más bien hasta su desvanecimiento en las playas del Magdalena [...] Los estribos que arroja hacia el Porce se alargan poco, a causa de que este río corre muy cerca de la base occidental de la serranía”. “Las cimas más culminantes suben poco más de 3.000 metros sobre el nivel del mar. Desde el alto de Paramillo en adelante, la cordillera de que tratamos comienza por formar una breve curva hasta su llegada definitiva

al último de los tres farallones del Citará o del Chocó, que están colocados enfrente de los pueblos de Andes, Bolívar y Concordia, hacia su parte occidental. Es bueno advertir que en el mismo cerro de Paramillo, un ramal de esta montaña se desprende hacia el lado del Pacífico y se deprime mucho cerca de San Pablo, para elevarse luego y continuar su carrera paralela a la costa del mar Pacífico”. Y también algo de lo que sí hace sobre nuestra hidrografía: “La Miel: nace de la cordillera central, de una elevada eminencia llamada La Piconá; corre primero al oriente y después se desvía al nordeste hasta su reunión con el Samaná, con el cual sigue francamente el primer rumbo hasta su desagüe en el Magdalena [...] Frente a la población de Nariño o Pocitos el río Samaná cambia su rumbo a nordeste hasta su reunión con el de San Juan, que baja del cerro de las Palomas y de allí en adelante es netamente oriental hasta su reunión con el río de la Miel, un poco más abajo del riachuelo Mulato”. Sí, es posible que no pocos de estos datos hayan sido obtenidos por correspondencia, pero también es cierto que no pocos de ellos trasuntan lo que ha sido observado sobre el lomo de una mula, desde la falda, la cima o el pie de una montaña, en los oídos al fragor de una desembocadura, para ser anotado poco después en una sombra propicia. Y estos datos, aunque como él mismo lo dice muy bien, carecen de la información que señala en la “Advertencia”, son precisos y constituyen un primer momento o fase del conocimiento de una geografía física.

Igual cosa sucede en lo relativo con la meteorología; los reinos animal, vegetal y mineral (de los que se ofrece una primera clasificación: especie, género, nombre vulgar, nombre científico y familia, en los vegetales; por clase y género, los minerales); el relieve general del Estado de Antioquia (corografía) y también con la segunda parte del libro —la más extensa—, la descripción de la división territorial, que entonces recibían el nombre de “departamentos”, los que a su vez se subdividían en “distritos” y algunos de éstos en “fracciones”.

La segunda parte del libro consiste en la geografía descriptiva de Antioquia y ocupa el mayor volumen de la obra: sus tres cuartas partes. Cada capítulo de ella se ocupa de un Departamento y, dada la división territorial vigente entonces, de los distritos y fracciones de cada uno de los nueve en que se dividía Antioquia. Esto hace que se pueda hablar de esta geografía descriptiva como de la primera monografía de Antioquia. De cada distrito (lo que hoy son los municipios) se establece la distancia de la capital; ubicación geográfica respecto de los ramales de la cordillera occidental y de los ríos, amén de latitud, longitud, altura sobre el nivel del mar y temperatura; límites; topografía; hidrografía; fechas de erección en parroquia y en distrito; agricultura, minería y principales industrias; flora nativa; fracciones (después corregimiento, algunos de ellos); población y, en algunos casos, otros datos históricos aislados.

Completan el volumen las 191 notas que redactara el historiador Roberto Luis Jaramillo para la segunda edición, ya agotada, hecha en 1985 como volumen once de la colección Ediciones Autores Antioqueños, a cien años justos de la original. Son notas fundamentales por lo que aclaran, complementan y actualizan.

Esta reseña podría llevar como subtítulo *o la historia de una quiebra*. Por lo dolorosa y significativa, la anécdota no puede callarse. El doctor Uribe Ángel invirtió todos sus ahorros en la preparación y publicación de este libro. Lo hizo en París en una edición magnífica: “[...] una edición preciosa desde cualquier punto de vista que se le mire: encuadernación fina y hasta lujosa; una diagramación tal —en buen papel— que sus márgenes se han prestado para las anotaciones; texto cuidadoso y limpio en un tipo de letra grande, bella y muy cómoda para la lectura [...] la edición salió acompañada de dos bellos, impecables y utilísimos mapas [...] ambos grabados y litografiados en Berlín, al igual que 34 preciosas láminas litografiadas, representantes de alguna piezas de cerámica,

piedra, orfebrería e inscripciones rupestres del período precolombino. Los mapas, con algunas adiciones, son copia fiel del que mandó grabar don Carlos Segismundo de Greiff en 1857”. Tuvo que ser, pues, una edición costosa. Y la Historia, con mayúscula, se le atravesó para que hubiera podido siquiera recuperar lo invertido. La Constitución de 1886, un año después de publicado el libro, cambió el mapa político administrativo del país. Ya no más “Estados Soberanos” sino Departamentos, ya no más “departamentos”, sino regiones, y ya no más distritos sino municipios, con lo que en buena medida el libro resultaba un anacronismo, por lo menos en la división territorial político administrativa. Por supuesto, tal situación bloqueó la venta del libro y la iniciativa de su paisano Marceliano Vélez, también envigadeño, para resarcirlo un poco, consistente en pedirle que escribiera un compendio de esa geografía y un compendio histórico, se culminó pero los libros no se vendieron lo suficiente como para reponerle en algo la pérdida, que debió ser no sólo monetaria sino moral.



Sembrador de ciudades modernas en Colombia” podría ser quizás el apelativo más completo para nombrar a Ricardo Olano, para abarcar en unas pocas palabras lo que fue la esencia de su vida, la columna vertebral de su quehacer total. Habría otros, no menos justos, pero que por haber hecho parte de aquél, serían parciales, como, digamos, “sembrador de árboles” —lo que hizo siempre; unos cuantos casos, muy significativos en la memoria de la ciudad lo ilustran: los guayacanes del barrio Prado y de la calle

Ayacucho, los suribios del Bosque de la Independencia, los búcaros de la carrera Bolívar, los primeros árboles del cerro Nutibara, los tulipanes africanos frente al Cementerio de San Pedro—. Recién casado, mientras ascendía por una calle muy empinada de su pueblo, Santo Domingo, rumbo al almacén de un familiar donde se ganaba el sustento sin mucha acuciosidad, tuvo de pronto la conciencia muy fuerte de que el bienestar de una persona, su esposa, dependía de él. Desde entonces no abandonó ese empeño. Nada excepcional, por supuesto. Sólo que en él ese proyecto tomó cuerpo en una gran iniciativa y visión para los negocios que lo hicieron hombre rico. Nada único tampoco. Pero en él nació una preocupación más allá de sus intereses personales: un anhelo de ver a su ciudad, Medellín, y a las de todo el país, convertidas en urbes modernas y embellecidas, impulso que nació, para convertirse en motivo de vida, durante sus muchos viajes de negocios a Europa y Estados Unidos desde comienzos del siglo XX, cuando luchaba por montar una fábrica de fósforos que, naturalmente, hizo realidad.

Una lista no completa de los cargos que ocupó y de sus actividades no vinculadas a cargo alguno, demuestran la amplitud de sus intereses y, por decirlo de algún modo, la coherencia de su hacer: concejal, diputado, promotor nacional de las Sociedades de Mejoras Públicas, fundador y director de periódicos y revistas cívicas y culturales (a destacar el periódico *La ciudad futura*, y las revistas *Aleph* y *Progreso*, esta última, como es sabido, órgano de la SMP de Medellín), industrial, comerciante, urbanizador, reforestador, promotor turístico, fundador de la Cámara de Comercio de Medellín, gestor de realizaciones urbanas ecológicas y arquitectónicas (el Palacio Nacional, con el fin de que la ciudad tuviera un lugar adecuado para correos y telégrafos, y el Cerro Nutibara como lo que ahora se llama “pulmón verde”), periodista sobre temas cívicos, pionero del transporte urbano, conferencista, asesor de programas

de mejoramiento en varias ciudades del país; en suma, hombre cívico, ciudadano, en el más puro sentido etimológico del término. Lo que es Medellín, limitándonos a lo nuestro, que también es decir lo que somos cada uno de los habitantes de esta ciudad, es en gran medida obra suya: lugares que disfrutamos y que, transformados, continúan disfrutando las gentes, como el Bosque de la Independencia, hoy Jardín Botánico; centros de cultura como el Instituto de Bellas Artes; muchos de los árboles que poblaron momentos ya olvidados de nuestra niñez, no pocos de los cuales continúan milagrosamente en pie, librando su batalla contra la contaminación; calles por donde hemos transitado toda la vida sin saber que se abrieron a los golpes de su terquedad visionaria; jardines que ya sólo ondean en los recuerdos desvanecidos de algunos viejos; barrios —para detener ahí una enumeración que puede resultar prolija— donde hemos gozado y sufrido, y los cuatro volúmenes de memorias y dos de correspondencia sobre temas cívicos, cuyas fotocopias (los originales reposan en la Academia Antioqueña de Historia) han sido una de las fuentes documentales más consultadas por los investigadores en la Sala Antioquia de la Biblioteca Pública Piloto, de lo que doy testimonio personal, como coordinador que soy de esa sección desde su fundación. De estas utilísimas páginas se extracta lo que incluye esta BIBLIOTECA BÁSICA DE MEDELLÍN: lo relativo a las calles y plazas de Medellín, algunos de cuyos apartes fueron publicados en la década de 1930 en el periódico liberal *El Herald de Antioquia*. La historia de las calles puede ser algo más que interesante: puede ser tan fascinante como un personaje de novela. Y Ricardo Olano portaba la condición básica para atraparnos con su historia de ellas: no sólo conocía su pasado y su presente: las amaba, mas no con el amor contemplativo del nostálgico que sólo quiere recordarlas, sino con el dinámico del hombre cívico que quiere prolongarlas, abrirlas allí donde

eran una necesidad y embellecerlas, todo ello con el sólo fin de hacer de ellas instrumento de una vida ciudadana más cómoda y amable. Quien escribe es un hombre para el que la ciudad en la que vive tiene tanta o mayor importancia que uno de sus muchos negocios particulares, que los tuvo, que su hogar. Más claramente: asumía la ciudad como su hogar primero. Y un hogar total concebido como un espacio de plenitud donde contaba lo material tanto como la cultura, como la vida del espíritu. Ponía el mismo empeño en abrirle espacios a la música y las artes plásticas que a dotar la ciudad de un aeropuerto, a conectarla con el mar por medio de una carretera que a levantar barrios donde los servicios públicos de alcantarillado, electricidad, acueducto y la arborización precedieran a las casas. Quiso que las ciudades colombianas disfrutaran del mismo desarrollo que las muchas ciudades y pequeñas poblaciones europeas y norteamericanas que conoció en sus muchos viajes. No se limitaba a traer de otros países bienes suntuarios para sus residencias y casas campestres, como lo hicieron muchos otros de nuestros viajeros de clase alta. Traía ideas de mejoramiento colectivo y las convertía en proyectos, y los proyectos en realidades. Es difícil señalar otro hombre al que la ciudad le deba tanto. Por eso es más que justa su inclusión en esta colección. Hizo ciudad y escribió sobre ella como pocos. Su vida y la de la ciudad se confunden por largos trechos. Lo que escribió sobre las calles es, como queda claro, sólo un tema de los muchos que tocó en sus artículos, conferencias, cartas y “Memorias”. Por eso, además de su interés intrínseco, el volumen vale como señuelo para llevar al lector en busca del resto de su obra escrita: un capítulo de la historia de Medellín de un valor testimonial y documental único. El testimonio de un escriba protagonista de primera fila de lo que escribe.

La colección BIBLIOTECA BÁSICA DE MEDELLÍN incluye también antologías y selecciones de escritos de diversos autores en géneros distintos. Abre esta serie una estupenda antología de crónicas, ese género de fronteras algo laxas que el Modernismo depuró un tanto a fines del siglo XIX y comienzos del XX hasta moldearlo en un texto no muy extenso, basado en cosas y hechos reales, libre de inclinarse hacia el humor o la poesía, hacia la anécdota o la semblanza, la pintura de un lugar o la narración de una costumbre. Sólo que en esta antología —donde hay plumas de primera y de tercera en democrática proximidad— es la ciudad el hilo que las une, la frontera que las acoge: “reseñas de la Villa y de la ciudad; pequeñas historias de sitios, de personajes y de situaciones; evocaciones y descripciones; anécdotas y recuentos. No tiene, pues, limitación periódica, ni unificación estilística [...] Es un bazar, un encantador bazar de crónicas”, advierte el prologuista en la presentación.

No cabe duda de que es uno de los platos más sabrosos que ofrece el menú de esta colección y aparecen en él las firmas de Sofía Ospina y Enrique Echavarría, incluidos en la colección como autores individuales, según lo reseñamos páginas atrás en esta presentación. La cronología abarcada cubre un poco más de un siglo y en su “variopinto muestrario” encontramos textos tan distintos y estupendos como la impecable ubicación y descripción geográfica de Medellín escrita en 1870 por Francisco de Paula Muñoz, autor, como es sabido, de nuestro primer gran reportaje de crónica roja: *El crimen de Aguacatal*; la semblanza inigualable de Tomás Carrasquilla, escrita por Tulio González Vélez, donde narra su primer encuentro con el maestro durante un “guayabo”, de éste en el café La Bastilla, alelado con la parla, el tamaño del chicharrón que devoraba el novelista de Santo Domingo y la “distribución equitativa del tinto entre la boca y los pantalones” producida por el temblor del “guayabo”; la deliciosa y ligera nota, tan diferente a sus sesudos ensayos,

donde el maestro Sanín Cano nos cuenta algunas anécdotas de sus comienzos de maestro en Titiribí y Medellín; nos hace también la semblanza —y unas semblanzas con mano de narrador maestro y que, testigo contemporáneo, nos entrega facetas vivas, irreverentes y excéntricas a la falsedad de la estatua oficial que terminó por legarnos de todos ellos el país formal— de los asistentes a una suerte de inestable y algo anárquica tertulia que giraba alrededor del periódico liberal *La Consigna*, dirigido por Fidel Cano, y de la que hicieron parte Rafael Uribe Uribe, Manuel Uribe Ángel, Antonio José Botero, Camilo Botero Guerra y otras figuras, menos recordadas, como Francisco Uribe Mejía y Luis Eduardo Villegas, o a la crónica magistral de Luis Tejada, donde, echando mano de recurso de cuentista de primera orden, nos acerca al Medellín de 1870-1880, no desde la escritura impersonal del historiador, sino a partir de la noticia de la muerte de dos mujeres de más de cien años, cuyas juventudes imagina en la ciudad de entonces.



También es imprescindible reunir otras miradas sobre la región y la ciudad: las de los descubridores españoles y viajeros extranjeros, colombianos no antioqueños y antioqueños, desde aquel día de 1541, cuando Jerónimo Luis Tejelo avistó el valle de los aburráes, hasta la visita que nos hizo Guillermo Salamanca en 1948. Relaciones del Descubrimiento, la Conquista y la Colonia, y relatos de viaje, hacen parte decisiva del tejido verbal que la ciudad ha desatado y que a ella vuelve como señal de identidad, porque la mirada de los otros también

nos hace, al ver como particularidad y diferencia lo que nosotros mismos no podemos ver por ser lo “natural”, lo “obvio”, lo que “ha estado ahí siempre”, “lo que es”. El discurso del otro sobre nosotros es parte de la fundación de nuestra conciencia de sí. Lo que el viajero, venido de otro ámbito físico y cultural, dice de nuestros paisajes, costumbres, mentalidad, acontecer grande y menudo, de nuestra Historia con mayúscula y de la historia con minúscula, puede tener una claridad más amplia e inmediata porque es un decir que viene de otra historia, de otra conciencia del mundo, de otra realidad física y cultural. Más allá, pues, de lo que tengan de curiosos y entretenidos estos relatos —y lo tienen, por supuesto— hay que comprender que en ésta nuestra afirmación radica la razón de ser de su inclusión en nuestra colección BIBLIOTECA BÁSICA DE MEDELLÍN.



Dos antologías, de cuento y poesía, aún en estudio, cerrarán esta primera entrega de la colección. La ciudad será en ellas, claro está, el entramado físico y, sobre todo, espiritual de ficciones y poemas, y harán de coda (“Adición brillante al período final de una pieza musical”) del magnífico canto a la ciudad que es esta realización bibliográfica del Instituto Tecnológico Metropolitano, donde se reúnen textos de todas las épocas, desde que el castellano de hace cuatrocientos sesenta años resonó por primera vez en nuestras montañas hasta el día de hoy. Algunos de los libros incluidos no conocían segunda edición y habían pasado a ser rarezas bibliográficas, consultables sólo en bibliotecas públicas y universitarias. El

criterio selectivo, como lo demuestra nuestra reseña, ha sido tan amplio como lo es la historia de la ciudad. Ha admitido la desigualdad literaria en aras de algo más decisivo para consolidar nuestra identidad ciudadana intransferible: reunir en una colección la ciudad verbalizada, reinventada por sus escribas década a década para que no perezca.

Envigado, noviembre de 2003





LA CIUDAD Y SUS ESCRIBAS

se terminó de imprimir el 1 de diciembre de 2003.

Para su elaboración se utilizó Papel Propal libros beige de 90 gr.,
en páginas interiores, y cartulina propalcote 240 gr. para la carátula.
Las fuentes tipográficas empleadas son Times New Roman 11 puntos,
para texto corrido.

